

La miseria del Hombre

Gonzalo Rojas

Selección. Libro publicado en 1948



El sol y la muerte

Como el ciego que llora contra un sol implacable,
me obstino en ver la luz por mis ojos vacíos,
quemados para siempre.

¿De qué me sirve el rayo
que escribe por mi mano? ¿De qué el fuego,
si he perdido mis ojos?

¿De qué me sirve el mundo?

¿De qué me sirve el cuerpo que me obliga a comer,
y a dormir, y a gozar, si todo se reduce
a palpar los placeres en la sombra,
a morder en los pechos y en los labios
las formas de la muerte?

Me parieron dos vientres distintos, fui arrojado
al mundo por dos madres, y en dos fui concebido,
y fue doble el misterio, pero uno solo el fruto
de aquel monstruoso parto.

Hay dos lenguas adentro de mi boca,
hay dos cabezas dentro de mi cráneo:
dos hombres en mi cuerpo sin cesar se devoran,
dos esqueletos luchan por ser una columna.

No tengo otra palabra que mi boca
para hablar de mí mismo,
mi lengua tartamuda
que nombra la mitad de mis visiones
bajo la lucidez
de mi propia tortura, como el ciego que llora
contra un sol implacable.

La eternidad

Sin tener qué decir, pero profundamente
destrozado, mi espíritu vacío
llora su desventura
de ser un soplo negro para las rosas blancas,
de ser un agujero por donde se destruye
la risa del amor, cuyos dos labios
son la mujer y el hombre.

Me duele verlos fuertes y felices
jurarse un paraíso en el pantano
de la noche terrestre,
extasiados de olerse y acecharse
como los muertos, solos.

"Oh amantes: no durmáis hasta la aurora,
hasta que el sol reemplace vuestra furia
y entre por las cortinas a besaros los ojos.
No durmáis, Juventud, que la Vejez

os espía detrás de la ventana
con su cara invisible".

"No durmáis, proseguid
vuestra lucha, templad
sin cesar vuestras arma seductoras
con el tacto insaciable, con la sed
del primer huracán, a sangre y fuego.
No durmáis. Que el furor
os libre de mis manos asesinas".

"Soy vuestra peste. Soy
el que os sopla al oído la verdad de la tierra,
los designios aciagos:
he perdido mi cuerpo, porque yo soy la voz
de los cuerpos perdidos".

"No durmáis, hasta el sol.
No durmáis, mis hermosos amantes. No escuchéis
las olas del abismo".

Todos me ven y me oyen,
todos me temen, todos los que sufren el tiempo
como una pesadilla indescifrable,
y todos me preguntan quién soy, pero es inútil:
mi máscara es la noche.

La poesía es mi lengua

Abro mis labios, y deposito en la atmósfera un torrente de sol,
como un suicida que pone su semilla
en el aire cuando hace estallar sus sesos en el resplandor del laberinto.

Ya sé que el sol de la muerte me está haciendo girar en un eterno proceso
de rotación y traslación llamado falsamente Poesía.
A veces, como hoy, esta aparente confusión me hace reír a carcajadas.
Este torbellino de palabras volcánicas como una erupción,
que son una amenaza para los sacerdotes del soneto y el número.

Pero es un sol innumerable lo que me sale por la boca,
como un vómito de encendido carbón que me abrasara las ideas y las
vísceras.

Estoy perdido para el mundo,
aunque mi reino sean todos los mundos posibles,
porque yo soy el testigo de mi propia creación.

Mi creación es mi pasión. Por eso hago soplar los vientos
para que den testimonio de mis llamas.

Yo estoy en el medio de las pasiones que imitan la ululación de mi cólera,
porque de los apasionados es mi reino.
Cada lágrima derramada con pasión es un grano de arena robado al desierto
del vacío.
Cada beso es una llama para el resplandor de los muertos.

Que el tiempo de los encantos es un baile de máscaras,
y nada vale rehuir su hechizo.
Las personas son máscaras; y las acciones juegos de enmascarados.
Los deseos, contribuyen al desarrollo normal de la farsa.
Los hombres denominan toda esta multiplicidad de seres y fenómenos,
y consumen el tesoro de sus días disfrazándose de muertos.

Yo vi el principio de esta especie de reptil y de nube.
Se reunían por la noche en las cavernas.
Dormían juntos para reproducirse.
Todos estaban solos con sus cuerpos desnudos.
En sus sueños volaban como todos los niños,
pero estaban seguros de su vuelo.

He nacido para conducirlos por el paso terrestre.
Soy la luz orgullosa del hombre encadenado.
Soy el torrente que echa a volar la moda y la costumbre,
y me encarno en los hombres de mil naturalezas
porque gusto mostrarme como un monstruo,
para que el hombre entienda cuándo soplan mis vientos.

Yo canto por la lengua de los arrebatados,
los que me identifican con su sangre y su rostro.

Todo hombre vuelve a mí cuando sube a buscar
el origen de su soledad que tanto lo alucina.
Cuando niños, los hombres me dan su corazón.
Después empiezan a podrirse,
y pierden el contacto con su animal sagrado.

El hombre que quería ser Dios, se está muriendo desde el comienzo de sus
días.

El guerrero que quiso toda la superficie del planeta,
se está muriendo.

El hombre que soñaba
la conquista del sol, se está cada mañana obscureciendo.

Todo, y todo,
y todo
se está muriendo de sí mismo.

Pero yo soy el viento que sopla sobre el mar del tormento y del gozo.
El que arranca a los moribundos su más bella palabra.
El que ilumina la respiración de los vivientes.
El que aviva el fuego fragmentario de los pasajeros sonámbulos.

Yo soy el viento de su origen
que sopla donde quiere.

Mis alas invisibles
están grabadas en su esqueleto.
En este instante,
todos los hombres están oyendo mi golpe y mi palabra,
pero los dejo en libertad.

El caos

Víctima del desorden que impide el desarrollo de mi mundo,
no me lamento de esto ni lo otro.
Sufro, velo y trabajo
como si cada noche tuviera que morirme,
porque debo ganarme la vida para siempre.

En vano me quisiera pasar entre los pechos y las blancas rodillas
descubriendo un tesoro,
sepultado en el blando sopor del desenfreno,
y en vano me aturdiera en el festín
de tanta carne humana.

En vano fuera rey, y en vano fuera Dios,
porque siempre hallaría debajo de mi almohada,
como un aviso de que ya estoy muerto,
un gran charco de sangre.

Ese charco es la sangre de mi madre, mi origen,
que me dice: -¿Qué has hecho con mi sangre?
¿Por qué la has enterrado debajo del placer?
¿Por qué no te la bebes para que te conviertas
a la fiel realidad? ¿Por qué no eres un hombre
tanto en el entusiasmo como en el sacrificio?

-Oh sangre
que me acosas
hasta en mi propio sueño:
tú sola me despiertas con tu aullido.
Tú sola me revelas el abismo en que apoyo

mi cabeza. Tú sola me libras de caer
víctima del desorden que impide el desarrollo de mi mundo en el mundo.

El desorden empieza donde termina el fuego,
y donde empieza el humo,
más allá de las negras cortinas que preservan el inmundo espectáculo,
bajo la ceremonia que agacha la cabeza, bajo el viento litúrgico
del órgano que sopla convirtiendo en arcángeles los vapores espesos;
donde empieza el disfraz, la peste, la piedad
de las leyes humanas y divinas,
en el comercio, en la traición, allí
donde la muerte mete su mano corruptora.

La libertad

Todos los que se mueren en este instante no hacen un número siquiera
no hacen una palabra,
pues toda su agonía, dentro de unos minutos, reventará en estiércol,
y toda su ilusión estallará en un sueño putrefacto.

Así mi pensamiento es una sucesión
de estallidos sin causa y sin efecto
como ese coro eterno de murientes llorosos
que luchan por pasar desde el atardecer hasta la aurora,
que muerden en las rocas los restos del placer
con su boca sangrienta. Pobre reino animal
que va a parar al reino mineral de la muerte.

No discuto cuántas son las estrellas inventadas por Dios.
No discuto las partes de las flores.
Pero veo el color de la hermosura,
la pasión de los cuerpos que han perdido sus alas
en el vuelo del vicio.

Entonces se me sube la sangre á la cabeza,
y me digo: ¿Por qué
Dios y no yo? - ¿Por qué yo no he creado el mundo?
¿Por qué he de verlo todo como esclavo?

Yo no quiero dormir. Yo quiero estar despierto
adentro de los ojos de las desesperadas criaturas,
aullando tras las rejas de cada pensamiento,
más allá de las cuales reina la libertad totalmente desnuda,
como una estrella helada para siempre.

No sé para qué sirve toda esa libertad
que se canta y se baila vestido de cadenas.

Me acuerdo de esas blancas prostitutas con quienes he partido la cama
de mi primera juventud.
Todas ellas olían a jardines.
Oh belleza rugiente. Todas ellas
no eran sino una inmensa telaraña. .

Por mis venas discurre la sangre presurosa del animal inútil
que come cuatro veces al día como un puerco,
que me tutea y me deprime
con su palabra ufana,
testimonio evidente de esa parte de mí
que se muere al nacer, como una nube:
lo blando, lo confuso, lo que siempre está fuera
del peligro, el adorno y el encanto.

No beberé. No comeré otra carne
que la luz del peligro.
No morderé otra boca que la boca del fuego.
No saldré de mi cuerpo si no para morirme.

Ya no respiraré para otra cosa
que para estar despierto noche y día.

Retrato de la niebla

I

No hay un viento tan orgulloso de su vuelo
como esta neblina volátil
que ahora está cerrando las piedras de la costa,
para que ni las piedras oigan latir su lágrima encerrada.

Oh garganta: libérate en goteantes estrellas:
echa a correr tus llaves a través de los huesos.
Que ruede un sol salado por la costa del día,
por las mejillas de las rocas.
Aparezcan las hebras del sollozo afilado en la espuma.

Niebla: posa tus plumas en la visión vacía
hasta donde las alas físicas de la muerte
abran la tempestad.
Sonámbula, apacienta tus ovejas sin ojos.

Famélica, devora la esencia y la presencia.
Oh peste blanca recostada en la marea.

Oh ánima del suicidio: ¿Quién no ama tus cabellos
perezosos y, al verte, ¿quién no mira su origen?
Neblina de lo idéntico: yo soy eso que soy,
y estoy como un carbón condenado a dormir en mi roca.

Me desvela el espectro de la revelación
debajo de esta blanca telaraña marítima
tejida por la historia de la luz cenicienta:
espina que me impide respirar
debajo de mi lengua.

II

Oh llaga, no sabía
dónde empezaba yo, dónde la tierra.
Me entregaba a mis cielos de niño.
Respiraba en los libros los rosales del mundo.
Me moría de estar con el sol de mi madre en el huerto divino.

Oh lengua,
no sabía
que las rosas son formas del orgullo,
y son sangre viciosa.
Que yo era un animal puro como un cuchillo,
y rajé mi ilusión de un hondo tajo,
y me extasió la hondura
de los cuerpos del vicio.

Oh lengua, navegué bajo de la neblina.
Lo vi todo, bajé las escaleras
del crimen. Liberé fiera cautiva
-la imagen misma de mi fría cólera-,
y la senté al festín de los sacrificados,
y me encerré en la niebla
para verlo
todo.

Oh lengua:
te diría
lo que mis ojos vieron en el éxtasis,
en lo más alto de ese viento frío,
tan lejos de la niebla como próximo al fuego.

Oh lengua: te diría
toda mi vida allí con el sol en mi cuerpo,
en lo más puro de la roca helada,

con un desierto al pie de mi castillo,
con una simple línea bajo mi alma,
como tú, con un número detrás de tu apariencia,
inscrito por el filo del misterio.

Oh lengua: estoy aquí para decirte
-después de mucho ver y errar a solas
por el país lejano del castigo-,
que hoy piso ya mi línea muy amada,
que he tocado las costas de esta línea
nublada por la niebla,
y estoy tocando tierra, y sangre, y esqueleto,
y el vientre de esta línea donde has llorado tú,
con una espina adentro de tu llanto.

Himno a la noche

Eres la solución del sistema solar,
la incógnita resuelta de las ondulaciones
que establece en la tierra y el mar el equilibrio,
la madre de los sueños, donde empieza
toda sabiduría.

Tu cuerpo es el principio y el fin de la belleza,
pues su espiga renace de otra espiga quemada,
y el encanto supremo de la gran posesión
hace sangrar de gozo frenético el vaivén
de tus entrañas convulsivas.

Engañada por todos, y por tu corazón,
tú partiste las sábanas y el pan de tu belleza
con los abominables mercaderes viciosos,
en la ciudad moderna donde el sol es hollín
y un horno la existencia.

Diste la vuelta al mundo por un sol varonil
que te besara duro en la boca y las venas.
Por las plazas de todos los placeres inútiles,
nunca viste la carne y el hueso de los hombres
sino el miedo y la paja.

¿Quién mordió tu pasión? ¿Quién cogió tu cintura?
¿Quién te tumbó en la arena? ¿Qué varón primitivo?
¿Quién te habló con la lengua común del bien y el mal?
¿Quién te sació la sed? ¿Quién te dió la visión
de la ráfaga eterna?

Oh mujer combustible. Ya el tiempo se ha cumplido.
Tú eres la hija del fuego y yo soy tu salvaje.
y yo somos el aura de la videncia. Tú
virgen materia, y yo lucero necesario
para engendrar la poesía.

Duerma pegado a mí tu cuerpo estremecido:
mujer única y múltiple, tocada por la mano
de la sublimidad, oh rústica hermosura.
Semillas somos de la salud de los hombres,
oh memoria perdida.

El viento se aproxima. ¿Pero qué puede el viento
que descifra la consistencia de las rocas
contra ti, contra mí, ciclón del vaticinio?
-Nada. Porque ese viento no es sino el gran fantasma
de lo que el hombre ignora.

La cordillera está viva

I

Por fin te has ido al fondo de mi visión. Por fin
palpita el cataclismo de tu piedra en mi boca
y ya puedo decir la verdad hacia todos los vientos.
Hiciste claro el aire para mis ojos fijos,
cegados por el cráter de la nada.

Hoy miro como tú
de espaldas contra el sol. Lo veo todo adentro de su llama
concreto y puro. Todo lo contemplo
como recién nacido a la verdad del día.

Todo es festín bajo la luz quemada
del hueco que el sol deja por la noche.

Que el mar me pase entero por encima,
como cuando se pisa un insecto extraviado.
Que la muerte se ría de mi fiel juramento.
Nada me importa el mar ni el sacrificio.
Juro que soy el ventarrón de piedra
que limpia el mundo de alto a bajo,
y juro por la cólera del trueno
que tú pariste al hombre para vivir en él,
porque tuvo es el aire que sopla el pensamiento
del hombre. El aire irrespirado y puro.

II

Tanto buscar mujeres por el mundo
para dormir, y perpetuar mi fuego.

Tanto leer la cara de la sabiduría
en la ceniza de los pensamientos.

Tanto correr para quedar inmóvil
como el viento en su estatua primitiva.

Tanto vestirme para estar desnudo
con mi animal, y solo con mi muerte.

Tanto olvidar la leche de mi madre.

Tanto gustar los velos y las brisas.
Tanto amar las cadenas. Tanto odiarlas.

Tanto error. Tanto vicio disfrutado.
Tanto usar la razón, para perderla.

III

Hasta que hoy día -día de mi muerte-,
me volví para ver toda mi vida;
y vi que el sol salía del metal de tu vientre,
y oí que el mar rompía por tu corriente dura,
y advertí que tus rocas eran reales hembras.
Y me sentí nacer de tu lava, de nuevo.

Y vi que el sol tenía siete años como mi alma perdida frente al Golfo.
Toda la eternidad tenía apenas siete años para mí.
Los vidrios de la lluvia
en su ronco responso
parecían llorar con gotas de mi sangre el "Dies Irae".
Yo cantaba en su coro
ante el gran día negro
de mi niñez salvada de las aguas.
El huracán me abría, como entonces,
boca de lobo hambriento.

Tú peleabas a muerte con el sol
para volverme al aire.

Era como si me engendraran en la hora
de mi muerte, a otra vida, sueño a sueño ganada,
y me crecieran alas para hendir la tormenta,
y mi alma fuera un rayo que vive en libertad.

Porque mi cuerpo estaba tan liviano y seguro
como el león erguido en la pradera de la aurora.

IV

Estoy parado en ti. Siento que en ti he perdido
mi sombra para siempre. En ti he recuperado
lo que me pertenece a cambio de mi sombra.

Hoy me explico el furor aprendido de ti
antes de conocerte, cuando mi corazón
latía con el pulso de tu veta sanguínea,
con la velocidad magnética que me hace
saltar los sesos, siempre que soy víctima
de la puna: la pérdida o el exceso del aire.

Mi pensamiento, como en ti, es herida,
y es grieta, y es sepulcro, oh cordillera,
y mi palabra -boca de tu abismo-
un órgano parece, acordado y pulsado
por los dedos del sol estremecido.

Si el sol mancha tu piel en esta altura,
un íntimo arcoiris es tu brasa.
Toda eres labio. Toda eres deseo
como una poseída. Y eres sangre gozosa
donde mejor te besa y te ametralla.

Después que te embaraza al mediodía,
el sol pierde su trono. Como mi alma
después de poseer a los objetos.

¿Cómo no amarte, madre, si me enseñaste a hablar
tu lengua? ¿Si soy viento nacido de tu roca?

¿Si me cegaste para hacerme libre
como tus manantiales errabundos?

¿Si me pusiste tu rayo en la frente,
madre mía, lo mismo que mi madre?

V

Pasé un invierno arriba de tu nieve. ¿Recuerdas?
Mi mujer era blanca como tú,
preñada por su príncipe. La nieve
bloqueaba nuestro mísero castillo.

A ahuyentarla subíame, una pala
en la mano. ¿Recuerdas que al alba relumbraba
el humo de la niebla: el nudo ciego
del horizonte, todo cerrado para mí?
Los mineros pasaban silbando. Ella dormía
bajo la inundación, como una mariposa
que se hace larva y sueño para tejer
la túnica del príncipe esperado. Y se hace mar profundo
para guardar en él al monstruo del destino.

Tu me lo diste todo. Vino la primavera.
La primera verdad dejó de ser incógnita.
Me alejé de la nieve. Emigré como un pájaro.
Caí sobre las plazas de ciudades mezquinas.
Me olvidé de tu arruga maternal. Te perdí
de vista. Te insulté
por habérmelo dado todo, como a mi madre.
Pero me perseguiste día y noche,
como el semblante de mi madre moribunda.

VI

En los días más lúgubres, cuando estamos más muertos
que los difuntos, sopla
tu caricia en el aire
de la conversación. Y parece que un golpe
nos para en pie por dentro. Pero nadie
sabe que tú has venido a ponerle el oxígeno
a la razón perdida.

Si el hombre se pudiera despertar de improviso
como tú, y no durmiera hasta su muerte,
ya nunca más hubiera
vanidad ni doblez vestidas de personas.
No habría tanto muerto arando en el vacío.

Es ese roce obligatorio,
ese contagio sobre el pavimento,
esa moda perpetua de comer carne humana,
la verdadera causa de tanta iniquidad.

Tú debieras reinar entre nosotros
como en las cumbres, desde donde he visto
al mar, desesperado por besarte.

Te he descubierto en medio del fastidio
y de la confusión, todo en la bruma,
porque me puse a recordar tu rostro,

y tu vientre preñado de tesoro perpetuo,
y me has traído el beso del río y de su escoria.

Y me has traído tierra que comí cuando niño
como una florecilla entre las hojas húmedas.

Y me has traído el Golfo que perdí a los siete años,
cuando el andarivel pasaba media legua por el cielo
tiñendo de carbón todas las nubes.

Me has devuelto el amor,
porque tu vives de él. Y nadie puede
llorar su desventura sin sufrir tu granizo,
con que atormentas al cobarde
que ha perdido el contacto con la tierra.

Oh enigma de la fuerza. Tú me diste la luz
de la imaginación. De ti aprendí.
De tu idioma que muerde la eternidad del día.

La materia es mi madre

La mano del demonio
me hace hablar, me acaricia, me estrangula,
me arranca la comida de la boca, me obliga,
se aprovecha de mí. Me pasea en su palma
como en un trono errante por un libre desierto.

Ay, mi alma poseída
en las afueras del paisaje llora,
como virgen violada que se traga su lengua.

Ahogado en el clamor de su estridencia muda,
con el trastorno de la sed y el hambre
-ya sin color ni sabor mis sentidos-
subo a pedir aire a gritos a las cumbres.

Ay, cuando estoy a punto de volarme y perderme,
la mano de mi madre
me sostiene, me sacia, me oprime, me perdona,
me redime, me saca las espinas. Me mece
en su regazo, porque yo soy el hijo ciego
que pone en pie su sangre.

Yo sé por dónde nace, de qué grietas exhala su destello.
Como empieza a romperse. Con qué dulzura anunciase su gracia.

Cuánto es el gran latido de su prudencia. Qué congoja
la estremece al tocarme por adentro.

A ese golpe, ya nada es imposible. Las piedras se levantan.
Descorren sus visiones las cortinas terrestres.
Del sepulcro, la cara de mi alma se incorpora.
De todos los objetos maná un éter distinto,
como si en esa atmósfera mi madre me pariera
desde el sol de su entraña, donde roe un cangrejo:
oh gran cáncer que pudres
la vertiente y el vino de mis actos.

Yo me como a mi madre en el pan y en el vino.
Oh materia materna.
Tú estás escrita en todas las letras de los árboles.
Tu memoria está escrita en la corteza.
Labrada en roca hermética, en la arena y la playa.
En la ciudad está tu viudez y tu brío.
Tu mano está conmigo en todas partes.
De la abundancia de tu corazón
habla mi boca.

Ahora eres mi hija
ya vuelta inspiración como una nube.

Tú trabajas en mí. Riegas mis árboles. Atiendes
tu labor sin fatiga, ordenándolo todo.
Callada, pero múltiple, preparando mi viaje.
Siempre despierta en un insomnio fúlgido.
Segadora del trigo que sembraste llorando.
Ahora libre en toda tu riqueza.

Mirando el tiempo mío en un día sin tiempo,
tú bebes en mi-copa.

La mano del demonio
me llama desde el árbol de la ciencia.
Me llama por mi número.
Me regala su reino
por un verso de orgullo contra el polvo
del que nací, y al cual retornaré
como mi madre.

Ella está en mí. Yo, en ella. Ambos estamos
dentro de un mismo vientre, reunidos
adentro de las cosas que existen y se mueren
de su existencia, adentro de los árboles,
donde despunta el sol en sus raíces.

Porque si soy el día, ella es la aurora,
ella es la identidad, y yo su idea fija.
Ambos desembocamos en el vientre
de la madre común, estremecida
en su virginidad preñada por el fuego.

Estoy creado en fósforo. La luz está conmigo.
La materia es mi madre.

Soy el pájaro ardiente de negra mordedura
que hace su nido en el pezón de la virgen,
por donde sale la materia
como una vía láctea,
a iluminarme el movimiento de la obscura
mancha solar del solo pensamiento.

A esas ubres estériles, hoy vive amamantando
lo ilusorio de mi naturaleza,
que busca en el carbón la veta de su sangre,
que pide a la tiniebla su ciega dinamita
en el proceso del alumbramiento
de la palabra.

De ese musgo gastado de apariencia difunta,
me nutro como un puerco.

De esos pechos jugados, como naipes marcados,
y vueltos a jugar hasta el delirio
me alimento, me hartó, y en ellos me conozco
cómo era antes de ser, cómo era mi agonía
antes de perecer en el diluvio.

Salmo real

Realidad: líbrame
de los pájaros declamados en tu nombre.
Bástame con mis órganos
para poseerte desnuda,
en tu esencia de lodo quemante.

Dormía mi volcán
copiado por el lago del olvido
cuando la tempestad
rompió mi cráter con su arado,
y estalló la semilla de la acción en mi estrella.

Antaño me doblaba
en labrador y trigo, y tenía dos manos
enemigas, y dos ojos feroces.
Hoy duermo y velo, al mismo
tiempo que tú eres, Realidad, mi sangre.

Tú repartes tu rostro, Realidad,
para que todos se vean en él.
Oh si todos los hombres te supieran mirar
sin malicia y temor
tú estarías en ellos como hoy estás en mí.

Te nombro, oh Realidad,
y renace en tu nombre lo profundo
del abismo del Génesis,
como un pájaro
de la corteza de mis secos labios.

Realidad: líbrame
de la entraña roída de mi madre,
y de su espíritu,
pues mataré a mis hijas
para hallar el origen de su pérdida.

Seré bueno. Diré
la verdad sustancial a la justicia.
Me bañaré en el mar,
y seré puro
árbol que da su sombra a los pastores.

Quiero poner
en orden este fuego en que he nacido.
Oh Realidad:
dame tu sal
para enfriarme en ti cual hondo río.

Coro de los ahorcados

Si habéis visto una alcoba,
y en ella un lienzo frígido, y a vuestra novia en él,
envejecida y seca por el mórbido estío,
y el vidrio del terror os corta la mirada;
oh ciegas criaturas
ved nuestra cabellera
morada por el nudo. Tocad nuestra garganta
besada por el nudo.
Arrancadnos la lengua.

Si habéis sido testigos
de ese vaho que todo lo suaviza y lo pudre
en alcobas de negro terciopelo,
cuando ante vuestros ojos se os escapa el origen,
y vosotros estáis inclinados y mudos
oliendo alcohol divino, que es esencia materna,
de facciones hundidas, como él evaporadas;
oh sordas criaturas,
gustad, más que esa espuma, nuestra seca agonía
mordida por el nudo. Bebed de nuestra arteria
hinchada por el nudo.
Sufrid su lenta gota.

Si habéis tragado el vidrio
del estertor - la uña de lo blando y profundo-,
y madre y podredumbre son un mismo veneno,
y vosotros lloráis de haber nacido:
malditas criaturas,
miradnos suspendidos
entre el cielo y la tierra,
llenos de espasmo y semen para engendrar el odio
-hijo del nudo-: vednos coronados de asco.
Doblados a la nada por el nudo.

Si el huracán hambriento de vuestra dentadura
ha roído los huesos de la muerte sembrada.
Si habéis partido y vuelto
desde el vientre al sepulcro.
Y si ya el sobresalto vela vuestros sentidos
helados por la sátira de la risa postrera:
pérfidas criaturas,
despertad con nosotros
para reinar mil años por un instante frío
bajo el ojo infernal, que es el ojo del nudo.
Vivid de pie en el trono.

Si no habéis perdonado
al Cadáver Supremo -el ladrón de la noche-,
su robo y su codicia.
Si os habéis rebelado contra su mano augusta.
Si viene vuestra hora;
ved cómo os crece un nudo
alrededor del cuello, cada sol, corredizo.

La trampa bajo el trono,
el horizonte en ruinas;
arrugados, famélicos hasta la eternidad,
tocad dónde comienza vuestro nudo.

Oid crecer las flores debajo del patíbulo
regadas por el semen de la muerte.
Aventad sus semillas para que nadie sepa
dónde comienza el nudo.
Deshojad sus cenizas.

Oh ciegas criaturas.
El sol está morado.
La aurora es una farsa. Desconfiad
del nudo: centinela del gusano.

El principio y el fin

Cuando abro en los objetos la puerta de mi mismo:
¿quién me roba la sangre, lo mío, lo real?
¿Quién me arroja al vacío
cuando respiro? ¿Quién
es mi verdugo adentro de mí mismo?

Oh Tiempo. Rostro múltiple.
Rostro multiplicado por ti mismo.
Sal desde los orígenes de la música. Sal
desde mi llanto. Arráncate la máscara riente.
Espérame a besarte, convulsiva belleza.
Espérame en la puerta del mar. Espérame
en el objeto que amo eternamente.

Naturaleza del fastidio

Ni el pan de la razón ni el pan de locura
ni el pensamiento sólido ni el pensamiento líquido
saben tanto del hombre como el cráneo nublado
por el aburrimiento.

Es un vapor que emana de toda la tristeza
depositada adentro como una nebulosa,
poblada por los blancos microbios de la muerte
como el gas de la asfixia.

Sale a la calle a ver la sombra de su amada,
y sólo ve zapatos por todos los paseos,
rostros picados por la peste, arrugas:
un mundo envejecido.

Sólo se ve a sí mismo fuerte y libre
con su dura corteza de fanático,
asistiendo a la muerte de los otros,
al paso real del tiempo.

Pasan enamorados deseándose eternos,
banqueros llenos del hambre del pobre,
mujeres con las llagas bajo el lujo.
Pasan los infelices.

Ricos, menesterosos, asesinos,
ladrones, pervertidos, todos pasan
con la seguridad de vivir siempre
pasando a mejor vida.

Se oyen los juramentos del amor. El galán
que dice: "Yo me muero por ti", debe matarse,
debe dejar en orden la ropa blanca y negra
que ha de ponerse al irse.

Pero no esté jurando como un perro a la luna.
Todo ha de hacerse ahora que el tiempo está pasando.
Ahora que hay un poco de sol bajo las venas.
Todo ha de hacerse ahora.

El vidente que guarda la muerte en sus pupilas,
todo lo ve más claro bajo el aburrimiento.
Por eso ve detrás de los rostros la nada,
como si fuera un adivino.

Si los huesos terminan en trigo o en carbón,
el pensamiento en cambio se nutre del hastío.
La carrera es difícil. Corramos hasta el fin
para saber qué pasa.

El abismo llama al abismo

I

Es una inmensa cama llena de concubinas:
playa de plumas frívolas, sábanas de gangrena,
donde estoy arrojado, despedido, desnudo.

Es la bahía inútil en que flota la muerte
mi costumbre de estar echado entre esas páginas,
murmurando el deseo de quemarlas conmigo.

¿Siempre será un espíritu carnicero mi cuerpo
montado en el ciclón de mi ánimo partido,
consumido en un lecho de llamas por mi orgullo?

Los pájaros que un día cantaron en mi estrella,
las estrellas que un día jugaron a ser rosas,
todo fué un ramo lívido de mustios huracanes.

Los príncipes que hablaron la lengua del delirio
para dar en el blanco de las contradicciones,
mentidos labios fueron de falso vaticinio.

¿Dónde está el libro abierto con el cuadro del juicio?
¿Dónde la letra angélica tocada por la gracia?
¿Cuál de estos cuerpos guarda la tinta del vidente?

Oigo un coro en la lluvia de la luz afilada,
destapar mi sellada cara descolorida:
" Si mueres, qué te vale ganar el mundo entero".

La zarza ardiendo arrasa mi dictada escritura.
Oh mujeres: sois letras muertas sobre el papel.
Mientras yo estoy durmiendo en un árbol cerrado,
mi cabeza en el éter, y mi labio en la copa.

II

Nacido de mujer, rayo de un día,
siglo de sinsabores, fuí azotado
en mi niñez por la peste divina.

Turbado y conturbado, mi torrente
hoy vuelve su caudal a la cascada,
por donde canta el trueno del verano.

¿Por qué caía una ciudad del cielo
para llevarme, para seducirme
con el pan, con el vino y el pecado?

Tal vez mi lengua es hoja traicionera
que abre una herida honda en su caricia,
al rescatar del labio la inocencia.

¿Quién era yo para vestir de duelo,
para cambiar el curso de la luna?
¿Quién era sino el hambre de las cosas?

La ruina fué mi ley. Subí al cadalso.
Bebí mi cáliz de amarga cicuta.
Y no morí. Ni salí de la tierra.

Entré cantando a las grandes ciudades
donde hervía la noche en su miseria.
Donde todas las calles me lucían
el animal variable de su amor.
Entré cantando en todas las tabernas,
y no pude embriagarme ni reír me.

Huésped fuí de constante madrugada.
Debajo de sus pies puse mis besos
como signos de rosas funerarias.

El hombre se alimenta de mujeres.
De calor y de frío. El hombre llora
su soledad perdida y extranjera.

El hombre corta el aire como un rayo,
sus cabellos comidos por el vértigo,
llamado por la pulpa del pecado.

¡Oh serpiente de amor, hermana mía!
Tú me perdiste. Tú me levantaste.
Oh tú, pecado original del hombre.

Oh lluvia de la fe. Tú me nevaste
con el blancor de antaño, en mi sepulcro.
Tú me diste a comer la poesía.

Patria de realidad: siempre la noche.
Por conquistarla, vivo en el combate,
escribiendo en el mar con mi cuchillo,
hasta abrir el espíritu en mi letra.

III

Cuando la libertad me abre sus alas muertas,
yo me acojo a su amparo. Recorro a su designio.
La mentira es mi parte de verdad, a su sombra.

Me llama una mujer con mis ojos llorados.
Me llama un árbol con los besos de mi copa.
Me llama la tristeza con mi insondable espina.

¿Qué haré? Oh siempre, y siempre. ¿Qué haré para salvarme
de toda la elocuencia del mundo que me llama
desde su abismo, desde su vorágine lúgubre?

Llámame, madre. Llámame, mujer, a tus entrañas.
Yo soy el Desnacido. Llámame a tu belleza
nupcial. Llámame al sueño de tu virtud ardida.

Llámame, muerte. Llámame a tu piedad de piedra.
Llámame, nada. Llámame, nadie. Yo soy el hombre,
rey desencadenado de su antigua tiniebla.

Llámame, corazón, a tu fuego increado.
Llámame a mi patíbulo. Que estoy presto a morirme,
en defensa de todo lo que nunca mi lengua
pudo decir del viento de mi niñez perdida.

Rotación y traslación

Mi estrella:
tú, tan partida, y tan única,
y tan total como mi vida,
y mi muerte:
tú
eres la llama
que sale
de mis ojos.

Pareces pájaro,
y eres
cólera
porque tienes tus pétalos
manchados
por la sangre.

No te rompes en lágrimas
ni ríes
cuando tu rueda gira
frenética
en su órbita.

Todo lo haces tuyo
con un golpe
de vista.

Todo
cobra tu vuelo
profundo.

Traspasas el día
con tu eje,

como una aguja
su perla.

Tu rayo
es la piedra
que cae
a remover
las aguas
estremecidas
hacia abajo
como una flecha
sin fondo
donde posar
su cabeza.

Mi estrella:
he salido de ti
para nombrarte
en el mundo,
para comunicarte
con los gusanos,
y los peces,
y las flores,
y el silencio.

Soy tu demonio
divino,
el príncipe
de otras edades,
parecido
a un árbol
por el sismo
arrancado
desde su puesto
de combate,
para volver
al final
de un milenio
de nebulosa
a su fuego
de origen.

Tal vez
la máquina
es mi cadáver.

La guerra
me permite

respirar
a gusto.

La mujer
me recuerda
un precipicio.

Mi estrella;
¿por qué
nací
sobre tu roca?
¿Por qué
crecí
sobre tu espina?

Mi estrella;
mi dominio
es tu vértigo.

A mi alrededor
quema tu luz,
pero
yo te destruyo
por dentro.

El condenado

Aprovecho mi tiempo descifrando las manchas
de la pared, visión de abortada pintura:
bocas que ven, narices que muerden, sensaciones
vivas bajo la cal, llagas abiertas.

¿Soy yo mismo estampado en este muro,
con mis grandes heridas,
con mis grandes pasiones partidas de alto a bajo,
mis arrugas, mis costras?

Reconozco mis labios en esos agujeros
por donde entran y salen las arañas.
Reconozco mis grandes defectos reunidos
en un solo sepulcro.

Allí están mis errores: mi olfato sin perfume,
mis ojos como huecos, y mis orejas sordas.
Si no hubiera nacido, no sería culpable,
ni me viera en el muro.

¿Soy un hombre clavado en estos metros
de madera y estuco, amortajado?
¿Mas cómo puedo verme si estoy muerto
debajo de estos signos tumultuosos?

¡Oh movimiento libre de las formas,
vivos monstruos sellados en relación confusa
de color y sabor, y lenguas amputadas
para que hable el misterio!

Cavernas, pensamientos carcomidos,
espejos miserables de la ruina del hombre.
Trinidad de los cielos: aquí el vicio,
y el odio, y el orgullo.

Condenado a pan y agua
por descifrar las manchas de este mundo,
veo correr al hombre desde la madre al polvo,
como asqueroso río de comida caliente
que inunda los jardines, los cementerios, todo,
y arrasa con la vida y con la muerte.

La fosa común

I

Cuando comemos rosas de mujer, cuando mordemos
la pulpa de la muerte debajo de su casco envanecido,
olvidamos que somos guerreros, nos dejamos
mecer sobre el cadáver de las ondas turbulentas.
Recostados en ellas, las miramos secarse
de las costillas hacia adentro, reducidas
al vaivén de su costra lamida por los besos.

Si el pensamiento erótico pudiera compararse a una destiladora
con una inmensa panza contuviera todos los vientres más hermosos,
y el reloj de su gota anunciara al difunto y al viviente
la hora eterna y vacía,
ningún varón durmiera sobre rosas, ninguna
mujer lo devorara por labios y caderas.

Mujeres y varones saltarían del lecho,
correrían desnudos por los últimos suburbios huyendo de las llamas.
Echarían abajo las puertas donde yace el color amarillo.
Los herederos de la definitiva raza blanca, con los ojos vaciados,
blandirían convulsos la azada y la picota, arañarían
la tierra con sus manos: los nombres por salvar a sus mujeres

abiertas en el vientre, para guardar a sus esposos y sus hijos
como un depósito perpetuo. Todos arrancarían de las llamas.
Por una vez los muertos enterrarían a sus muertos
y, después de una noche de trabajo angustioso,
todos los cementerios del mundo contendrían la verdad en secreto.

Pero no hay tal. El fuego se convierte en caricia
hasta fijar su estrella en un estanque plácido, sin la terrible gota
capaz de iluminar a los amantes trastornados.
Es mejor que ellos duerman, convencidos
de su aparente laxitud, que nunca sepan nada de la muerte.

Porque ella viene sola, sin que nadie la llame. Es la gota perdida
por las bellas mujeres que nos rozan la nariz con su encanto
en las fúlgidas calles donde todo es ganarse la vida a puntapiés.
Blanda gota sangrienta que alimenta al difunto y al viviente,
y consume a los otros animales, y envenena a las flores.

¿A qué mentirnos con la llama del perfume, con la noche moderna
de los cinematógrafos, antecámaras terrestres del sepulcro?
Pongamos, desde hoy, el instrumento en nuestras manos.
Abramos, con paciencia, nuestro nido para que nadie nos arroje con lástima
al reposo.
Cavemos, cada tarde, el agujero, después de haber ganado nuestro pan.

En esa entraña, hay hueco para todos: los pobres y los ricos,
porque en la tierra hay un regalo para todos:
los débiles, los fuertes, las madres, las rameraas.
Caen de bruces. Caen de cabeza o sentados.
Por donde más les pesa su persona, todos caen y caen,
Aunque el cajón sea lustroso y de cristal. Aunque las tablas
sin cepillar parezcan una cáscara rota con la semilla reventada.
Todos caen, y caen, y van perdiendo el bulto en su caída,
hasta que son la tierra milenaria y primorosa.

Todo es parte de un día para que el hombre vuelva a su morada.
Así pasamos rápida nuestra vida, ensayando
la forma de dormir, a cubierto del hombre
que hace el crimen y mata, porque quiere dormir como nosotros
metido entre las sábanas y los besos felices,
con todo su egoísmo, y su cuerpo de puerco.

¿Cuántos años dormimos para vivir mil días de tormento
representando el rostro de una máscara virtuosa,
corriendo, defecando, mintiendo, temerosos y temidos?
-No es extraño que el hombre duerma una eternidad
si sólo el sueño pudo librarlo, media vida, de la farsa.

II

Aquí cae mi pueblo. A esta olla podrida de la fosa común. Aquí es salitre el rostro de mi pueblo. Aquí es carbón el pelo de las mujeres de mi pueblo, que tenían cien hijos, y que nunca abortaban como las meretrices de los salones refinados, en que se compra la belleza.

Aquí duermen los ángeles de las mujeres que parían todos los años. Aquí, late el corazón de mis hermanos. Mi madre duerme aquí, besada por mi padre. Aquí duerme el origen de nuestra dignidad: lo real, lo concreto, la libertad y la justicia.

Yo soy un animal de presa, porque sangro por los ojos cuándo pierdo un instante de comerme la vida a dentelladas. Cuando pierdo mi tiempo en las palabras que designan a las cosas. Buscándolas, me pierdo. Se va el sol. La tiniebla es mi mortaja. ¿Qué varón puede serlo si no es un animal de presa?

Una fosa común es una cosa que se hace de fuego. He visto sepulturas millonarias donde todo es de mármol. Pasiones descompuestas. Carne fétida, guardada como manjares llenos de moscas. Desperdicios que se pudren debajo de las doradas letras.

Barro. Fuego. Centella. Cosa viva. Fosa común, abierta para el hombre que cae a otra vida inmediata donde no hay la pobreza sino el trabajo que se vuelve roca, para que un día labren sobre su rostro el fuego.

Yo comparo el amor a la fosa común, en que todo es quemarse para encender la tierra. Los hijos de los hombres son las únicas lámparas, porque en esta carrera sin fin de las edades sólo vale el que sabe quemarse. Sólo es hombre quien recibe su fuego, y parte velozmente por la pista a entregarlo a otras manos seguras.

El sol es la única semilla

Vivo en la realidad.
Duermo en la realidad.
Muero en la realidad.

Yo soy la realidad.
Tú eres la realidad.

Pero el sol
es la única semilla.

¿Qué eres tú? ¿Qué soy yo
sino un cuerpo prestado
que hace sombra?

La sombra es lo que el cuerpo
deja de su memoria.

Yo tuve padre y madre.
Pero ya no recuerdo
sus cuerpos ni sus almas.

Mi rostro no es su rostro
sino, acaso, la sombra,
la mezcla de esos rostros.

Tú haces el bien o el mal.
Tú eres causa de un hecho,
pero: ¿eres tú tu causa?

Te dan lo que te piden.
Piden lo que te dan.
Total: entras y sales.

Dejas tu pobre sombra
como un nombre cualquiera
escrito en la muralla.

Peleas. Duermes. Comes.
Engendras. Envejeces.
Pasas al otro día.

Los demás también mueren
como tú, gota a gota,
hasta que el mar se llena.

¿Has pensado en el aire
que ese mar desaloja?

Tú y yo somos dos tablas
que alguien cortó en el bosque
a un árbol milenario.

Pero ¿quién plantó ese árbol
para que de él saliéramos
y en él nos encerráramos?

A ti no te conozco,
pero tú estás en mí
porque me vas buscando.

Tú te buscas en mí.
Yo escribo para ti.
Es mi trabajo.

Vivo en la realidad.
Duermo en la realidad.
Muero en la realidad.

Yo soy la realidad.
Tú eres la realidad.
Pero el sol
es la única semilla.

Descenso a los infiernos

Yo no descanso nunca. Yo no tengo reposo
porque me estoy haciendo y deshaciendo.
Soy la lengua incesante del mar que anuncia el éter y el abismo.

Mi palabra anda en boca de todos los amantes
que descuartizan su alma por los besos
para honrar con su llama la acción de la semilla.

¿Por qué veo a los hombres en catástrofe?
¿Por qué los veo presos
si siempre fueron libres, con las alas cortadas?

¿No soy hijo del hombre? ¿No soy parte del día?
¿No soy sobreviviente de otros ojos vaciados,
ojos que hace mil años se abrieron en el niño
que era mi propio cuerpo?

¿No heredarán mis ojos los hijos de mi canto
hasta hacerse otra vez un niño misterioso
que llorará ante el mar sin poder comprenderlo?

Me paseo furioso,
cortado en dos mitades milenarias,
como el gran mar que tiene dos cabezas erguidas
para mirar arriba y abajo la tormenta.

¿Dónde empieza y termina la pasión de mi cuerpo,
libre de la mentira? ¿Es mi sangre la estrella

del movimiento, sol de doble filo,
en que lo obscuro mata a lo confuso?

Me alimento de sangre.
Por eso estoy hundido,
en esa posición de quien perdió su centro,
la cabeza apoyada en mis rodillas,
como una criatura que vuelve a las entrañas
de millares de madres sucesivas,
buscando en esos bosques las raíces primeras,
mordido por serpientes y pájaros monstruosos,
nadando en la marea del instinto,
buscando lo que soy, como un gusano
doblado para verse.

¿Es la pasión la forma de mi conocimiento?
¿Son mis ojos las manchas
del aire? ¿O es el aire padre de la mentira?

El sol, todo este sol que me desvela al fondo de las últimas formas
con su estallido inexplicable,
me está poniendo ciego de mirar lo perdido.

Yo veo por mis actos mucho más que a través de mis visiones
que mi ceguera es parte de la total videncia,
cuya luz me fascina con sólo obscurecerme
debajo de esos soles ociosos y enredados
que componen los días de este mundo.

Mi obscuridad se sale de madre para ver
toda la relación entre el ser y la nada,
no para hacer saltar el horizonte,
ni para armar los restos de lo que fué unidad,
ni para nada rígido y mortuorio,
sino por ver el método de la iluminación
que es obra de mi llama.

Así vivo en lo hondo de mis cinco sentidos
mil años boca arriba y otros mil boca abajo,
pues necesito entrar a saco en cada cosa,
sembrar allí un volcán y dejarlo crecer
hasta que estalle solo.

Yo no explico las causas como si fueran flores
encima de una mesa llena de comensales,
mientras suena la música.

Oh miseria del hombre,
desde hace miles de años

la mentira es el único cadáver
que contamina el éter de las cosas:
el cadáver sin fin, ese pelo infinito
que aparece en el punta de la lengua.
Ese pelo de muerto que cae de la noche,
nuestro peor cuchillo,
que nos corta los ojos con dulzura.

Me imagino que todos los cobardes
viven de la mentira,
todos esos que buscan
los principios debajo de las piedras,
seres que no son hijos de sus obras
sino esclavos del miedo.

Revelación del pensamiento

Si las ideas salen del molino del sol,
el sol las muele para todos. De una espiga
come un ejército, y sobra
paja para el amante y sus amadas.

¿De dónde sale el sol si es antes que la idea?
¿De la boca quemada de los muertos?
¿De otro mundo?

Mi canto expresa un número infinito,
y el infinito es hoja del sol. Todo es un círculo
falso, como el amor que siento por mi prójimo,
en quien presumo ver la cabeza del tiempo,
encarnado en el llanto de la historia:
que parece una ráfaga de eternidad, y es éter,
un sol decapitado.

El sabio que confía en su negocio
me aconseja prudencia,
y el comerciante que abre el cielo con su abdomen
me aconseja que suelte mi cuchillo.
Yo soy prudente. No confío
en el sol, que me miente con su luz sobrehumana,
porque quiere quemarme como al sabio y al cerdo
en el éxtasis misero del oro.

Los transfugas del cielo y de la tierra
gustan del oro derretido
de la mañana hasta la noche,
como si nuestra sangre

fuera una mercancía, y la salud
fuera una operación en el mercado.

La muerte habla por boca de estos frívolos
que compran la luz hecha y primorosa,
los galanes de vidrio
que me salen al paso a insultarme y morderme,
esos que envidian mi pelaje
de lobo carnívoros, y me ofrecen su cárcel
en un salón de espejos y mujeres hermosas,
para domesticarme: su seda y su blandura.

Mi cuchillo se atreve con el sol y la muerte.
¿Por qué doblarme al beso envenenado?
¿Por qué ser coronado con gloria de papel?
¿Por qué esperar todo del encanto del mundo?
¿Por qué morir de amor, como las vacas conmovidas
a los primeros rayos del crepúsculo?

El marido que muere colgado de los pechos
de su esposa, es un mártir
venerado por todos los credos y las razas.
Así como el filósofo que bebe su cicuta
en los pechos helénicos de la verdad vacía.
Así el santo que muerde la leche de la gracia
en el incienso lívido de una misa de réquiem.

Me consta que se guarda la fórmula, el cadáver
de cada idea, lo ilusorio,
el sudor, la saliva,
mientras se arroja el semen al pantano
por temor a que estalle la semilla:
este es el mito aciago
de la idea molida por el sol de la muerte.

Por eso veo claro que Dios es cosa inútil,
como el furor de las ideas
que vagan en el aire haciendo un remolino
de nacimientos, muertes, bodas y funerales,
revoluciones, guerras, iglesias, dictaduras,
infierno, esclavitud, felicidad; y todo
expresado en su música y su signo.

Parecen arreboles,
pero son las sustancias que comen las parejas
cuando se inundan en guerra recíproca
en los parques lascivos, en los muros
de la fornicación, en sus besos de grasa.
Son las hostias que llevan directamente al cielo

de los judíos prófugos.
Acaso son los vasos
comunicantes, de la vida
y de la muerte.

Me divierte la muerte cuando pasa
en su carroza tan espléndida, seguida
por la tristeza en automóviles de lujo:
se conversa del aire, se despide
al difunto con rosas. Cada deudo agobiado
halla mejor su vino en el almuerzo.

Todo es tan falso, y tan hermoso
como esa prostituta que me abrió el paraíso
una noche de invierno, en que su pelo rubio
caía como un rayo de amor recién molido
por el sol, que me daba su sagrado alimento.

Pero a mí me bastó verla fingir
su epilepsia de novia fornicada
para pagarle el goce de su cadáver práctico.
Todo era falso y bello como esas trenzas rubias.

¿Hay que salvar al hombre?, ¿Todos somos iguales
como las olas, como flores en los jardines?
¿La dicha está al alcance de la mano?
- El hombre nace y muere solo
con su soledad, y su demencia
natural, en el bosque
donde no cabe la piedad ni el hacha.

El fuego eterno

Oh dioses
de todas las estrellas:
os habla vuestro amo.

Oh Césares
que descendéis de Venus.
Oid a-vuestro amo.

Soy fuego helado
a fuerza de castigos,
y no me resta

sino la mordedura
del vacío.

Adiós, remordimiento.
Letra. Lepra. Yo puse
mi dedo en vuestra llaga.

Soy el que soy. Por eso
todo se transfigura
a mi leve contagio.

Mi salud es mi vida
y mi muerte; pasión
que se alimenta de sí misma,
como el asco
de su propio misterio.

Mirando a fondo mi retrato,
se me verá inocente
con los ojos saltados
fuera del aire
que me arroja al vacío
por su ventana;
voy y vuelvo
con mi cuerpo al abismo
de los cuerpos.

Soy inocente
de los crímenes
que me imputan
las madres de familia:
el amor no es un coágulo.

Soy inocente
de la miseria de los míseros
que se arrastran
como gusanos hasta el cielo.

La obra de mis manos
se consume
entre cadáveres
totalmente podridos,
que me juzgan
y me condenan
al frío.

Esos jueces que escriben
mi nombre de difunto,

temblarán cuando vean
cara a cara mi rostro.

Todos los hombres
eran jueces.

No supieron oírme
porque estaban rellenos
de alcoholes y nubes,
rellenos
de sí mismos,
sin ombligo, sin madre,
sin un hueso debajo.

Algunos parecían
ausentes.
Era como si nadie
los hubiese parido.

Otros iban felices
arreados en jaurías
de Oriente al Occidente.

Unos y otros buscaban
al hombre, dentro y fuera.
Todos estaban solos.

Y el hombre cada día
era más blando,
y más esclavo
de la tormenta.

Algunos dibujaban
la sombra de las cosas.
Algunos escribían.

Algunos observaban
con un lente el origen,
y enloquecían.

Casi todos vivían
contentos de su suerte
porque no la encontraban.

Pero todos morían.
Todos lloraban. Todos
se deshacían.

Creían en sus dioses.
Llamaban a su muerte
la lucha por la vida.

Engordaban sus pueblos
para mandarlos
a la carnicería

Los vencedores
eran vencidos
por el aburrimiento.

Yo sé que me han amado
puesto
que me han odiado.
Por eso los conozco.
Mi amor los ha cegado.

Yo soy el fuego eterno.
Oh dioses:
soy
vuestro amo.

Crecimiento de Rodrigo Tomás

Libre y furioso, en ti se repite mi océano orgánico,
hijo de las entrañas de mi bella reinante:
la joven milenaria que nos da este placer de encantarnos
mutuamente, desde hace ya una triple primavera.

¿Cómo reconstruirte si ya estás, oh Rodrigo Tomás,
estirando en furor tu columna, tu impaciencia de ser el monarca?
¿Cómo reconstruirte para mejor hallarte
en tu luz esencial, entre el fulgor de mis pasiones revolcadas,
y esa persecución que va quemando los cabellos de María?

No sé por qué te busco en lo hondo de lo perdido, en esas noches
en que jugué todos mis ímpetus por un espléndido abandono
en poder de las olas lúgubres y sensuales,
a merced de una brisa que me daba a gustar la ilusión del cautiverio,
donde el libertinaje hace su nido.

No. Tu raíz es una estrella más pura que el peligro.
Es el encuentro de dos rayos en lo alto de la tormenta.
Es el hallazgo de la llave que te abrió la existencia y el presidio.

Antes de verte, en nadie vi tus ojos tiránicos.
Sólo las hembras tienen la encarnada visión de su deseo.
Ni pretendí heredero porque fuí un poseído de mi propio fantasma.
Hasta que me robé la risa de tu madre para besarla y estremecerla
a lo largo de un viaje a lo inmediato mío resplandeciente.

Ahora me pregunto cuál será el límite de tu carácter
si tu médula espinal fué la flor de los vagabundos
que se iban con los trenes, sin consultar siquiera el silbato de su azar
Mordidos por los prejuicios. Curtidos por el viento libre.
¿Si tu madre y tu padre quemaron sus entrañas para salvar tu fuego?

¿Pero qué importa nada si hoy, por último, estás ahí
reunido en materia de encarnación radiante,
oyéndome, entendiéndome, como nadie en este mundo
podrá entender la tempestad de un parto?
-Oh, todos los mundanos te dirán que las pasiones rematan en un beso.

Tu madre y yo dormíamos cuando nos gritaste: "Heme aquí".
"¿Qué esperáis a arrullarme en las ruedas de vuestra fuga?"
"¿Qué esperáis a participarme vuestro fuego?"
"Yo soy el invitado que aguardábais antes de ser ceniza".

Tu madre y yo dormíamos esa noche en la costa
mientras el mar cantaba para ti desde la profundidad de nuestro sueño,
con furor disonante, arrullando tus pétalos divinos.

Tu alta dinastía se remonta al resplandor de la nieve.
A las noches en que tu madre quería verte tras nuestra única ventana,
y allí afuera la nieve era un diálogo ardiente
entre mi desesperación y el bulto vivo que contenía tu relámpago.

Así, tu madre te alumbró frente a esas dignas piedras de Atacama,
con toda la entereza de su Escocia durmiendo en su mirada dimanatina.
Te parió allí en la madrugada de Septiembre de un día fabuloso
de la Gran Guerra Mundial, en cuyo primer acto yo también fuí parido,
Así, en la pesadilla de un siniestro espectáculo,
te alumbró con un grito que hizo cantar a las estrellas.

Oh qué frío tan encendidamente gozoso
el aire de tu aparición en este mundo:
traías tu cabeza como un minero ensangrentado
-harto ya de la obscuridad y la ignominia-:
reclamabas a grandes voces un horizonte de justicia.
Querías descifrarlo todo con tu llanto.

Te di para tu libertad la nieve augusta y el lucero.
Yo fuí tu centinela que te veló en el alba.
Aún me veo, como un árbol, respirando para tus nacientes pulmones,

librándote de la persecución y el rapto de las fieras.
Ay, hijo mío de mi arrogancia,
siempre estaré en la punta de ese paisaje andino
con un cuchillo en cada mano, para defenderte y salvarte.

Primogénito mío: tu casa era lo alto de la nieve de Chile.
De la cobriza sierra te bajé hasta las islas polares.
Te quise navegante. Te arranqué de los montes.
Corrimos el desierto, las colinas, los prados,
y entramos a la mar de tus abuelos
por el Reloncaví de perla indescifrable.

Nos aislamos. Vivimos en trinidad y espíritu.
El mar cantaba ahora en el huerto de nuestra casa.
Tú respirabas hondo. Jugabas con la arena y la neblina.
Por el Golfo lloraban sirenas en la noche.
Los pescados venían a conversarte en tu lengua primitiva.

Me veo galopando en mi caballo a la siga de las nubes,
remando para dar más brío a los veleros,
cortado en la escotilla de la niebla, durmiendo encima de los sacos.
Junto a corderos tristes, viendo bramar el Este enfurecido.
Pensando en ti, en tu madre, poco antes de morirme.

Cuando llegaba el día, yo saltaba a la arena.
Corría por el bosque todavía empapado por la lluvia.
Vosotros me mirabais como a un náufrago viviente,
y me dabais el beso de la resurrección y de la gracia.

Oh madera rajada por el hacha. Oh ladrido
del viento sobre el Golfo, todos los días navegado.
Adiós. Ya nos partimos de vosotros, oh peces.
Dadle a Rodrigo Tomás la lucidez de vuestro pensamiento.
Adiós, islas sombrías. Ya el rayo nos está llamando.

Trenes.
Pájaros.
Playas.
Toda la geografía
de Chile para tí, mi hambriento hidalgo.
Mi bien nacido soplo, para ti todo el fuego.
Para ti lo telúrico, lo enardecido. Todo
lo que te haga crecer más lejos que el relámpago.
Tierra para tu sangre. Mar y nieve
para tu entendimiento, y Poesía
para tu lengua.

Oh Rodrigo Tomás: siempre estarás naciendo de cada impulso mío.
De cada espiga de tu madre.

Cuando estemos dormidos para siempre,
oh Rodrigo Tomás: siempre estarás naciendo.

Entonces,
no te olvides de gritarnos:
"Heme aquí".
"¿Qué esperáis a arrullarme en las ruedas de vuestra fuga?"
"¿Qué esperáis a participarme vuestro fuego?"
- "Yo soy el invitado que aguardabais antes de ser ceniza".

El poeta maldice a su cadáver

Fuiste la libertad de salvarte o perderte.
Viste el mundo sin ver lo que era el mundo.
¿Por qué fué deformada en tus pupilas
la luz fundamental? ¿Perdiste la razón
antes de resolverse la raíz de tu origen?

Maldita sea tu naturaleza
que sopló por tu boca la hermosura
de la imaginación. Maldita sea
la belleza que hablaba por tu boca.
Maldito el yacimiento de todas tus palabras.

¿Por qué estás disfrazado bajo el vidrio,
como un libro sellado para siempre,
letra inútil, fatídica escritura?
¿Por qué tras de tus ojos ya no está el fuego eterno,
máscara del gusano?

Esta es tu boca. -¿Dónde están tus besos?
Esta es tu lengua. -¿Dónde tu palabra?
Estas, tus piernas. -¿Dónde están tus pasos?
Este tu pelo. -¿Dónde tu lujuria?
Este, tu cuerpo. ¿Dónde tu persona?
Estas, tus manos. -¿Dónde está tu fuerza?
Todo esto fuiste tú. -¿Dónde estás tú?
Dime: ¿dónde hubo un hombre?

Ya no puedes llorar como los árboles
cuando el viento trastorna sus sentidos.
Ya no eres animal, ni adivino del mundo.
Te estás secando poco a poco. Estás
quemando tus acciones, hasta ser
polvo del torbellino.

Perdí mi juventud

Perdí mi juventud en los burdeles
pero no te he perdido
ni un instante, mi bestia,
máquina del placer, mi pobre novia
reventada en el baile.

Me acostaba contigo,
mordía tus pezones furibundo,
me ahogaba en tu perfume cada noche,
y al alba te miraba
dormida en la marea de la alcoba,
dura como una roca en la tormenta.

Pasábamos por ti como las olas
todos los que te amábamos. Dormíamos
con tu cuerpo sagrado.
Salíamos de ti paridos nuevamente
por el placer, al mundo.

Perdí mi juventud en los burdeles,
pero daría mi alma
por besarte a la luz de los espejos
de aquel salón, sepulcro de la carne,
el cigarro y el vino.

Allí, bella entre todas,
reinabas para mí sobre las nubes
de la miseria.
A torrentes tus ojos despedían
rayos verdes y azules. A torrentes
tu corazón salía hasta tus labios,
latía largamente por tu cuerpo,
por tus piernas hermosas
y goteaba en el pozo de tu boca profunda.

Después de la taberna,
a tientas por la escala,
maldiciendo la luz del nuevo día,
demonio a los veinte años,
entré al salón esa mañana negra.

Y se me heló la sangre al verte muda,
rodeada por las otras,
mudos los instrumentos y las sillas,
y la alfombra de felpa, y los espejos
que copiaban en vano tu hermosura.

Un coro de rameras te velaba
de rodillas, oh hermosa
llama de mi placer, y hasta diez velas
honraban con su llanto el sacrificio,
y allí donde bailaste
desnuda para mí, todo era olor
a muerte.

No he podido saciarme nunca en nadie,
porque yo iba subiendo, devorado
por el deseo oscuro de tu cuerpo
cuando te hallé acostada boca arriba,
y me dejaste frío en lo caliente,
y te perdí, y no pude
nacer de ti otra vez, y ya no pude
sino bajar terriblemente solo
a buscar mi cabeza por el mundo.

A quien vela, todo se revela

Bello es dormir al, lado de una mujer hermosa,
después de haberla conocido
hasta la saciedad. Bello es correr desnudo
tras ella, por el césped
de los sueños eróticos.

Pero es mejor velar, no sucumbir
a la hipnosis, gustar la lucha de las fieras
detrás de la maleza, con la oreja pegada
a la espalda olorosa,
a mano como víbora en los pechos
de la durmiente, oírla
respirar, olvidada de su cuerpo desnudo.

Después, llamar a su alma
y arrancarla un segundo de su rostro,
y tener la visión de lo que ha sido
mucho antes de dormir junto a mi sangre,
cuando erraba en el éter;
como un día de lluvia.

Y, aún más, decirle: "Ven,
sal de tu cuerpo. Vámonos de fuga.
Te llevaré en mis hombros, si me dices
que, después de gozarte y conocerte,
todavía eres tú, o eres la nada",

Bello es oír su voz: -"Soy una parte de ti, pero no soy sino la emanación de tu locura, la estrella del placer, nada más que el fulgor de tu cuerpo en el mundo".

Todo es cosa de hundirse, de caer hacia el fondo, como un árbol parado en sus raíces, que cae, y nunca cesa de caer hacia el fondo.

La salvación

Me enamoré de ti cuando llorabas a tu novio, molido por la muerte, y eras como la estrella del terror que iluminaba al mundo.

Oh cuánto me arrepiento de haber perdido aquella noche, bajo los árboles, mientras sonaba el mar entre la niebla y tú estabas eléctrica y llorosa bajo la tempestad, oh cuánto me arrepiento de haberme conformado con tu rostro, con tu voz y tus dedos, de no haberte excitado, de no haberte tomado y poseído, oh cuánto me arrepiento de no haberte besado.

Algo más que tus ojos azules, algo más que tu piel de canela, algo más que tu voz enronquecida de llamar a los muertos, algo más que el fulgor fatídico de tu alma, se ha encarnado en mi ser, como animal que roe mis espaldas con sus dientes.

Fácil me hubiera sido morderte entre las flores como a las campesinas, darte un beso en la nuca, en las orejas, y ponerte mi mancha en lo más hondo de tu herida.

Pero fui delicado, y lo que vino a ser una obsesión habría sido apenas un vestido rasgado,

unas piernas cansadas de correr y correr
detrás del instantáneo frenesí, y el sudor
de una joven y un joven, libres ya de la muerte.

Oh agujero sin fin, por donde sale y entra
el mar interminable,
oh deseo terrible que me hace oler tu olor
a muchacha lasciva y enlutada
detrás de los vestidos de todas las mujeres.

¿Por qué no fui feroz, por qué no te salvé
de lo turbio y perverso que exhalan los difuntos?
¿Por qué no te preñé como varón
aquella oscura noche de tormenta?

Carta del suicida

Juro que esta mujer me ha partido los sesos,
porque ella sale y entra como una bala loca,
y abre mis parietales, y nunca cicatriza,
así sopla el verano o el invierno,
así viva feliz sentado sobre el triunfo
y el estómago lleno, como un cóndor saciado,
así padezca el látigo del hambre, así me acueste
o me levante, y me hunda de cabeza en el día
como una piedra bajo la corriente cambiante,
así toque mi cítara para engañarme, así
se abra una puerta y entren diez mujeres desnudas,
marcadas sus espaldas con mi letra, y se arrojen
unas sobre otras hasta consumirse,
juro que ella perdura, porque ella sale y entra
como una bala loca,
me sigue adonde voy y me sirve de hada,
me besa con lujuria
tratando de escaparse de la muerte,
y, cuando caigo al sueño, se hospeda en mi columna
vertebral, y me grita pidiéndome socorro,
me arrebató a los cielos, como un cóndor sin madre
empollado en la muerte.

La vuelta al mundo

I

En el salón del baile de la naturaleza
dadme, oh doncellas, una plaza
y en vuestro laberinto regaladme
la tiranía de una sola noche
en vuestras sábanas,
oasis de belleza y de ignorancia.

Que alguna nube no me deja revelaros
el Oriente de mi cabeza.

No reprochéis que haya tardado. Esperadme.
Mi soledad era un reloj de arena.
Por mis fauces pasaban las arenas
como quien pasa del vacío al fuego.

No lloréis mi partida hacia otros rayos.
Soy como este árbol. Moriré
por la cumbre.

Que un viaje es un motivo para hablar
de Hombre a Mujer, mientras las calles
suben y bajan al compás de las venas;
tantas calles tan bellas en que todo
el mundo grita y pregunta por qué
hay un cadáver dormido en el aire.

II

Desde mi infancia vengo, mirándolas, oliéndolas,
gustándolas, palpándolas, oyéndolas llorar,
reír, dormir, vivir;
fealdad y belleza devorándose, azote
del planeta, una ráfaga
de arcángel y de hiena
que nos alumbra y enamora,
y nos trastorna al mediodía, al golpe
de un íntimo y riente chorro ardiente.

Que el sol las libre de la esclavitud
de señorial prostitución manchada.
Que hasta sus lechos suban las aguas cada noche
a mojar sus deseos ya quemados
por la ilusión tiránica del fuego.

Cuando arden las mujeres, joyas son sus sonrisas
cortadas como rosas de súbito encarnadas
por el rubor real de las quimeras.

Cuando ellas se consumen, clamo a la eternidad
porque son fuego, y nada sé
de sus cráneos de finos y orgullosos cabellos,
de sus pechos de sol. Yo sólo sé
que nada sé, pero que las mujeres
mi vida eterna son.

III

Sol de libertinaje:
llamas del sacrificio de la noche.
Lenguas vivas, cortadas; olvidadme.
Mis estrellas erróneas. Muertas rosas.
Abandonadme. Huidme.

Padezco. Palidezco.
Nazco. Renazco, y oigo
la música del mar que toca a muerto,
y aprieto el -paso bajo el torbellino
rojo de vuestra sangre.

¿Cómo me libraré del movimiento
si, a cadena perpetua,
estáis a mi furor encadenadas?
Sois la carne real de mis visiones
libres de hadas, sin mar ni mariposas.
Sois la pasión según mi corazón.

Oid en el silencio
los latidos
de lo terrestre y temporal, el viento
vengador de las trágicas doncellas;
"No moriréis, y seréis como diosas".

IV

Si ha de triunfar el fuego sobre la forma fría,
descifraré a María, hija del fuego;
la elegancia del fuego, el ánimo del fuego,
el esplendor, el éxtasis del fuego.

Fuego que cierta noche fue fauna y flora frágil
entre mis brazos. Fuego corporal y divino.
Animal fabuloso. Sagrado. Desagrado.

Novia. Animal gustado noche a noche, y dormido
dentro de mi animal, también dormido,
hasta verla caer como una estrella.

Como una estrella nueve meses fijos
parada, estremecida, muelle, blanca.
Atada al aire por un hilo.

Por un hilo estelar de fuego arrebatado
a los dioses, a tres mil metros fríos
sobre la línea muerta del Pacífico.

Allí la cordillera estaba viva,
y María era allí la cordillera
de los Andes, y el aire era María.

Y el sol era María, y el placer,
la teoría del conocimiento,
y los volcanes de la poesía.

Mujer de fuego. Visible mujer.
Siempre serás aquel paraje eterno.
La cordillera y el mar, por nacer.
La catástrofe viva del silencio.

-Esta es la voz que hablaba por mi voz a María,
mi amada, mi perdida sonámbula vidente.

Yo me pondré tu piel como un manto, María.
Yo arrojaré tus ojos a los perros.
Yo buscaré tus besos, y vendrán los gusanos.
Yo les diré a los pájaros:
"Comed de ella. Llevad mar adentro sus pechos,
sus labios, sus rodillas, su corazón partido.
Decidlo desde el aire: -María es una estrella.
-María es una copa. Tomad de ella, y bebed".

Oh pájaros, oh fieras mías mentales.
Devolvedme este cuerpo que yo sembré en el aire.
Letras envenenadas, devolvedme este nombre
que yo escribí una noche de infierno en mi cabeza.

Dadme esos ojos de doble filo radiante,
aunque yo preparara sus dos radiantes filos.
Contradicción divina. Huesos de viva muerte,
tus rodillas son rocas para romper las olas.

V

Yo soy el rey. Abridme.
Desde otros reinos vendrán las princesas
para ser degolladas en las blancas alcobas
de mis espejos negros. Yo soy el rey. Abridme.

VI

Eso que no se cura
sino con la presencia y la figura,
esa dolencia me arde y me devora
en este puerto muerto,
todo de sed y espinas coronado.

La mujer es la imagen de toda destrucción.
La razón de los sesos destapada.
La razón. La ficción.
Esa pobre razón.
Oh, déjadla.

Miradla cómo va pisando por el mar.
Llorando por el mar con su sangre marítima.
De compras por el mar. De venta por el mar.
Oh cuánto mar en ruinas.

Oh, cuánto amor en ruinas, masacrado.
Oh virtud y belleza,
tras las vitrinas
de las grandes tiendas.

Pintada por su gran frivolidad,
vedla, ya trágica, ya cínica.
Pintada adentro de su espejo.
Vacía.

Ella duerme en el féretro
que me sirve de almohada.
Dormid con ella, oh todos mis placeres.
Veladla. Desveladla.

Poseedla, placeres inauditos.
Reventadla.

Placeres que he engastado no en diamante,
pero en demente, sí, placeres míos;
rasgadla, devolvedla a sus cenizas.
A su valle perdido.

A su niñez de donde nunca nadie
debió robármela, placeres míos.
A su niñez de trenzas por el bosque:
placeres míos.

VII

Esa gran rueda que te trae los movimientos del fastidio
te paraliza. Es una aguja que te ha cosido el pensamiento
a tu placer. Es una herida
bella y abierta esa gran rueda.
Es una feria de muchachas, desnudas hasta los cabellos.
Amadas hasta el corazón. Es una feria esa gran rueda
pintada por el cáncer solar en tus pupilas.

Pero vienen los pájaros carniceros a oler
el olor reunido de tu amor derramado,
y una ofrece sus pechos de fuego consumido
y otra su rosa y otra su perfume,
y todas sacrifican sus ojos y sus pétalos,
y las aves te traen sus deseos manchados.

De ellos haces dos labios de ceniza.
De ellas haces un límpido torrente circulante.
Allí corre la estrella de tus cinco sentidos.
En esa rueda inmóvil del vértigo absoluto.

Pompas fúnebres

Tomad vuestro teléfono
y preguntad por ella cuando estéis desolados,
cuando estéis totalmente perdidos en la calle
con vuestras venas reventadas. Sed sinceros.
Decidle la verdad muy al oído.

Llamadla varias noches si ella se hace la muerta,
porque está muerta realmente para
quien duda de su vida.

Llamadla al primer número que miréis en el aire
escrito por la mano del sol que os transfigura,
porque ese sol es ella,
ese sol que no habla,
ese sol que os escucha
a lo largo de un hilo que va de estrella a estrella
descifrando la suerte de la razón. Llamadla
hasta que oigáis su risa
que os helará la punta
del ánimo, lo mismo que la primera nieve
que hace temblar de gozo la nariz del suicida.

Esa risa lo es todo:
la puerta que se abre, la alcoba que os deslumbra,
los pezones encima del volcán que os abrasa,

las rodillas que guardan el blanco monumento,
los pelos que amenazan invadir esas cumbres,
su boca deseada, sus orejas
de cítara, sus manos
compuestas por los dedos de la estrella marina,
el calor de sus ojos, lo perverso
de esta visión palpable del lujo y la lujuria:
todo el reino animal encadenado,

esa risa lo es todo.

Llegaos a su boca
y mordedla en los labios hasta hacerla sangrar.
Entonces,
cambiará el espectáculo:
la mujer saltará de su lecho, y veréis
la lascivia apoyada en sus bellos talones
para dar libre curso a su danza felina.
La veréis bajo el soplo de una música excelsa
girar como una ola sobre el césped del mar,
cambiante de colores,
abriéndose y cerrándose, toda manchada por
los puntos cardinales de todos los deseos,
derramando la lava
del placer que le sale de adentro como un río.

Los antiguos llamaban a este baile
la Danza de la Muerte,
como si el entusiasmo
se saliera del cuadro y de los límites
de la fauna real, en que las venas
mueven la tempestad de la hermosura.

Todo ello fué un error. Esta mujer no ha muerto
desde el primer instante de la vida.
Ella toma su nombre de acuerdo con la luz
individual, del alma que padece su pérdida.
Nada tiene que ver con la imaginación
que arruina con sus ácidos los colores profundos.

Esta mujer reposa
dentro del movimiento.
Cuesta encontrarla, pero
siempre se oye su risa.

Yo la conozco. Es ella
quien anima las ruedas
tiradas por caballos fuertes y saludables.

Ella es la mariposa de cada año huérfano.

Ella es la meretriz del novio inconsolable.

El amante gozoso de las viudas.

El furor, el escándalo:

el carro de la harina que se cruza
con la carroza, frente al cementerio.

A una perdida

Me cuesta distinguirla con su cara distinta
a causa de los besos y las privaciones de los besos
entre esa multitud de novias al borde del precipicio
que se rompen los labios contra el pavimento salobre,
por cuyas aguas navegan sin otra brújula que el pánico.

Con las orejas mutiladas por su trabajo de adivina
que escucha día y noche los destinos monstruosos,
Venus sale del fondo de sus ojos.

He arrojado mi cuerpo sobre su pobre cuerpo
hijo de las cadenas, he vuelto a abrir sus heridas,
porque la ví tan sola, hablando sola, diciendo:

"Ahora veo un parque donde hay un hombre haciendo mi retrato.
Él pinta la libertad sobre una sábana teñida de sangre.
Combina los colores con la ferocidad de sus pupilas.
Entonces pone sal adentro de las rosas de mi cuerpo.
Pero en vano pregunta por qué mis ojos siguen abiertos noche y día".

"Ahora veo un cadáver y en él una luciérnaga
que sale desde el hueco del corazón volado.
La luciérnaga le abre los párpados. Bajo ellos
están mis propios ojos mirando siempre abiertos".

Ahora veo a Dios totalmente desnudo,
vestido con el cuerpo de mi Amante, cansado
después de haberme herido. Yo lo muerdo en los ojos
y el terror me devuelve mis dos demonios vivos.

"Ahora y siempre veo que mis ojos están
adentro de otros ojos, como un sol repetido
sin cesar sobre mí, como el beso del hombre
que me daña y me ahonda por boca de mi Amante".

Ella dice el sonido de sus visiones, bajo el viento
de la terrible posesión que la golpea y la llama.
Toda una larga noche repite sus tormentos invisibles,
derrama sobre mí sus pétalos impalpables,
hasta que aquellos ojos me trastornan y me ciegan.

El polvo del deseo

Por mucho que la mano se me llene de ti
para escribirte, para acariciarte
como cuando te quise
arrancar esos pechos que fueron mi obsesión en la terraza
donde no había nadie sino tú con tu cuerpo,
tú con tu corazón y tu hermosura,
y con tu sangre adentro que te salía blanca
reseca, por el polvo del deseo:

Oh, por mucho que tú hayas sido mi perdición
hasta volverme lengua de tu boca,
ya todo es imposible.
Allá abajo los barcos me esperan. Con su ruido
me estoy partiendo de todas las cosas,
de tu carácter y de tu belleza.

Me estoy partiendo de eso que eres tú
hoy que tu cuerpo sabe a quemadura
y se te escapa el fuego por la herida.

De eso me estoy partiendo, y empiezo a despegar
con la primera luz, cortando el agua inmóvil
que se parece al filo de tu piel, cuando sopla
sobre ella el viento de mi desesperación.

Hubo una vez un hombre. Hubo una vez
una mujer vestida con tu cuerpo desnudo
que palpitaba adentro de todas mis palabras,
los vellos, los destellos
de una mujer sellada por mi propia locura,
que tenía tus mismos labios, tus mismos ojos.

Pero de esa mujer no quedas sino tú
sin labios y sin ojos.
Para mí ya no quedas sino como la forma
de una cama que vuela por el mundo
y que nunca podré compartir con tu encanto,
porque estaré partiendo cada día de ti,
más lejos y más hondo en tu hermosura.

Tú llorarás a mares
tres negros días, ya pulverizada
por mi recuerdo, por mis ojos fijos
que te verán llorar detrás de las cortinas de tu alcoba,
sin inmutarse, como dos espinas,
porque la espina es la flor de la nada;
y me estarás llorando sin saber por qué lloras,
sin saber quién se ha ido:
si eres tú, si soy yo, si el abismo es un beso.

Todo será de golpe
como tu llanto encima de mi cara vacía.
Correrás por las calles. Me mirarás sin verme
en la espalda de todos los varones que marchan al trabajo.
Entrarás en los cines para oírme en la sombra del murmullo. Abrirás
la mampara estridente: allí estarán las mesas esperando mi risa
tan ronca como el vaso de cerveza, servido y desolado.

Quiero que aquí te acabes
con tu cuerpo dotado de pelaje divino
que se te salga el cuerpo por la espina del llanto.
Tu cuerpo, que era como la flor del movimiento.

Que te mueras de mí. Quiero que aquí te acabes
sin darte mi semilla.

Elegía

Acabo de matar a una mujer
después de haber dormido con ella una semana,
después de haberla amado con locura
desde el pelo a las uñas, después de haber comido
su cuerpo y su alma, con mi cuerpo hambriento.

Aún la alcoba está llena de sus gritos,
y de sus gritos salen todavía sus ojos.
Aún está blanca y muda con los ojos abiertos,
hundida en su mudez y en su blancura,
después de la faena y la fatiga.

Son siete días con sus siete noches
los que estuvimos juntos en un enorme beso,
sin comer, sin beber, fuera del mundo,
haciendo de esta cama de hotel un remolino
en el que naufragábamos.

Al momento de hundirnos, todo era como un sol
del que nosotros fuimos solamente dos rayos,
porque no hay otro sol que el fuego convulsivo
del orgasmo sin fin, en que se quema
toda la raza humana.

Éramos dos partículas de la corriente libre.
Con el oído puesto bajo ella, despertábamos
a otro sol más terrible, pero imperecedero,
a un sol alimentado con la muerte del hombre,
y en ese sol ardíamos.

Al salir del infierno, la mujer se moría
por volver al infierno. Me acuerdo que lloraba
de sed, y me pedía que la matara pronto.
Me acuerdo de su cuerpo duro y enrojecido,
como en la playa, al beso del aire caluroso.

Ya no hay deseo en ella que no se haya cumplido.
Al verla así, me acuerdo de su risa preciosa,
de sus piernas flexibles, de su honda mordedura,
y aun la veo sangrienta entre las sábanas,
teatro de nuestra guerra.

¿Qué haré con su belleza convertida en cadáver?
¿La arrojaré por el balcón, después
de reducirla a polvo?
¿La enterraré, después? ¿La dejaré a mi lado
como triste recuerdo?

No. Nunca lloraré sobre ningún recuerdo,
porque todo recuerdo es un difunto
que nos persigue hasta la muerte.
Me acostaré con ella. La enterraré conmigo.
Despertaré con ella.

El dinero

Yo me refiero al río donde todos los ríos desembocan,
al gran río podrido,
donde vienen a dar nuestros pulmones que hemos criado para el aire,
al río coagulado que lleva en su corriente sanguínea los despojos
de nuestra libertad: todas las rosas
en sus alcantarillas comerciales,
las rosas del placer y de la dicha, las rosas de una noche
que se abrieron a todos los sentidos,
depositadas hoy en las aguas viscosas, donde las siete plagas

nos manchan y nos muelen, nos consumen, nos comen
con sus dientes inmundos bajo el beso y la risa del encanto.

El río entra en nosotros,
y nosotros entramos en el río.
Es una guerra a muerte, como la del microbio
que nos roba el color de nuestra sangre,
a cambio del sustento con que nos embrutece, y nos permite
unas horas de amor después de la fatiga del trabajo.

Cuando al amanecer saltamos al abismo
desde el confort caliente de nuestros blancos lechos,
y ponemos los pies sobre las cosas,
abrimos la ventana para mirar el cuerpo
de nuestra realidad, y antes que salga el sol
sale para nosotros la lividez del río,
el aliento malsano del río de la muerte
que nos cobra intereses por velar nuestra noche.

Por las noches, las prostitutas lo enriquecen,
los criminales que entran a casa de sus víctimas
con la muerte en los ojos, los avaros que creen
aprovecharse de él, y son las pobres pústulas
de este infinito río reventado
como llaga monstruosa.

Todos los miserables contribuyen
al desarrollo, al crecimiento informe
de este charco sin término.

Los Bancos y los Templos abren sus grandes puertas
para que pase el río.
Todo se normaliza para que el río reine sobre vivos y muertos
y de todos los ojos que corren por las calles
sale el color maligno de su agua purulenta,
y de todas las bocas sale el olor del río.

Comemos, trabajamos por el honor del río
y el día que morimos, nuestra mísera sangre
es devorada por el río,
y nuestros duros huesos que parecían dignos de la tierra
también sirven al río
como otros tantos testimonios
de su poder, que pone blandas todas las cosas.

¿Cómo parar su cauce envenenado,
cómo cortar las grandes arterias de este río
para que se desangre de una vez, y eche abajo

las tiendas y los tronos
que vive construyendo sobre nuestra miseria?

Pero no lo gritemos. Que él sabe nuestra suerte,
él es la institución y la costumbre,
él vence los regímenes, demuele las ideas,
él mortifica al pobre, pero revienta al rico
cuando no se somete a lamer su gangrena,
él cobra y paga, sabe lo que quiere
porque es la encarnación de la muerte en la tierra.

Los cobardes

Me los sé de memoria. Tienen el pelo sucio
como los perros del arroyo.
Se sientan en su rabo con orgullo y molicie
a leer la palabra de Dios en las estrellas,
con la sarna en el lomo, y la paz en el alma.
Se sientan en el vómito de la pasión, y lloran
su cautiverio, y saben conversar de la muerte.

Los pervertidos por la música
lo saben todo, lo conversan todo,
tienen el pelo sucio, se lavan en el aire
de las revelaciones saqueadas a los muertos.
Se nutren de lo justo: su comida es un verbo
cuyo efecto conocen,
a través de la luna menstrual y la neblina.

Las palabras les crecen como pelos encima
de la lengua. Pero ellos ven a Dios en su charca,
y cultivan la ciega cicatriz de sus ojos
para arrojarse y encenderse.
Esperando una novia que les caiga del cielo,
pierden su cabellera,
reservan su inmundicia.
Aguardando el consuelo del gran día,
duermen en sus iglesias las ratas recelosas
que reinan en el hoyo
en que cabe el reflejo
del mundo corrompido.

No ven el mundo. Acechan
con la nariz el hoyo de las cosas. Rehuyen
la visión clara, el ritmo violento del deseo.
Multiplican por tres la realidad del día,
porque la Trinidad ha trizado sus ojos.

Juzgan ciegos a todos. Su lengua es el murmullo,
y lloran a torrentes
los pervertidos por la música,
cuando un aire, una aguja
los desgarran un instante.
Reclaman la presencia de su Dios. Los vecinos
traen flores. Se encogen como un trapo
para morir de nuevo.

Lo prostituyen todo
con su ánimo gastado en circunloquios.
Lo explican todo. Monologan
como máquinas llenas de aceite.
Lo manchan todo con su baba metafísica.

Yo los quisiera ver en los mares del sur
una noche de viento real, con la cabeza
vacía en frío, oliendo
la soledad del mundo,
sin luna,
sin explicación posible,
fumando en el terror del desamparo.

Yo los quisiera oír respirar, perseguidos
por la justicia, entre los árboles
en que silban las balas
como víboras.
Los quisiera sentir adentro del pantano,
sin mancharse una hoja:
abrir la tierra hundidos hasta el vientre,
dormir en el desierto con el hambre,
sin saber quién será el sobreviviente.

Los cojos y los mancos, los que han perdido parte
de sí mismos llorando, mientras comen, los míseros
hermafroditas del olfato,
comulgan con la luna,
lloran en los conciertos,
se marean nadando en una brisa.
Oyen su propia voz cuando conversan. Se masturban
con la idea carnívora
del placer regalado.

Yo los quisiera ver
como mineros pobres
un minuto.
Serían divididos por tres, y triturados
por el aire, y el sol, y la marea.
Serían rechazados por los pájaros

como excrementos en las rocas.
No podrían ponerse a conversar
con tanta lengua afuera.

Todos éstos que hablan
y me vienen a ver, como perros a su amo,
me están robando el tiempo
con su hastío.

En las noches,
cuando los oigo
rondar como libélulas,
me digo:
¿Morirán alguna vez
los asquerosos decadentes?
¿O serán los testigos de todas las caídas?
¿O serán animales sin testículos
que presumen de dioses?
¿O serán necesarios como cizaña y trigo?

Reclamo los castigos que conozco
para el deleite de su gusto
de pordioseros.

Siempre el trigo
derrota a los cobardes.

Un acto
del hombre
sopla más fuerte que el verbo divino
sobre las aguas de la muerte.

Me han condenado a ser su pesadilla,
porque yo soy la voz del mundo
que estalla dentro de las cosas,
cuando ellos se reúnen
a discutir sobre la eternidad
como ratas
de iglesia.

La sangre

Me pasa que estoy lleno, que ya no puedo más de oler el mundo,
que me ciega la ira de tanto estar en vela,
que me confundo, que vacilo,
que no resuelvo nada con sufrir las visiones de la muerte,

con gozar de la carne que exalta mi apetito,
con trastornarme solo.

Allí donde no puedo ya más con mi persona,
la desesperación me saca de mi mismo,
y empiezo a ser la boca de la sangre.

Oidme: soy la boca de la sangre
cuando me sale un chorro caliente por mi boca,
cuando me sale el único tesoro
que tengo, por la boca,
como una herida abierta
de cinco mil kilómetros de largo, porque soy mi sangre enfurecida,
condenada a la tisis y al alcohol en la puerta de la mina, y al hambre
del arrabal, y a un poco de amor para que nazcan mis hijos entre espinas.

Pero, oidme: jamás me matarán del todo
ni el llanto ni el tormento,
ni podrán impedirme que corra y me derrame
por la noche y el día, ni me podrán huir,
ni me podrán sellar bajo los cementerios,
porque de allí saldré multiplicado
como el vino que cae sobre todas las bocas.

Poned, poned la boca para que os caiga adentro, para que os fortifique,
porque soy yo el flujo y el reflujo
que arruina o que levanta la cabeza del hombre.

Yo soy la maldición del tibio que prefiere las cenizas al fuego.
Yo soy el terremoto que echa abajo la casa del esclavo. Yo soy
un hombre, como todos, que no enmudece nunca,
porque tengo raíces más hondas que la muerte, y hablaré mientras viva
por este inmenso chorro que vale más que todas las palabras.

Y si cortan mi lengua
todo lo inundaré con mi torrente rojo:
la tristeza, la duda,
la tolerancia, el miedo, la agonía
de los blandos que mueren en colchones de pluma,
sin haber conocido la tierra que mancharon,
sin saber combatido con la naturaleza
que hace hombres a los hombres, y polvo a los gusanos.

Me refiero a los blandos herederos del vicio,
ahogados por la envidia y por la gula,
glotones, trasnochados, abúlicos, perversos,
cuyo padre es el ocio, cuya madre es la grasa.

Y si revientan todos,
mía será la voz, la voz interminable,
aunque los Corredores de la Bolsa se sientan aludidos, y lloren
al ver que el color rojo destruye para siempre al amarillo,
y las rameras ricas enloquezcan de cólera
cuando vean sus túnicas manchadas por mi sangre.

Y aunque los invertidos me pidan de rodillas
piedad para sus mórbidos problemas,
y los viejos y viejas que se quieren salvar al borde del sepulcro
me ofrezcan su fortuna por mi salud espléndida,
mía será la voz, la voz interminable,
y aunque sea maldito,
soy, he sido, y seré
la sangre torrencial que sale de mi boca
que es la verdad del hombre, la lluvia torrencial
que hace crecer el trigo
para todos, y nunca, ya nunca volveré
a decir que estoy lleno, que ya no puedo más de oler el mundo,
que me ciega la ira: de tanto estar en vela,
que me confundo, que vacilo,
que no resuelvo nada con sufrir las visiones de la muerte,
con gozar de la carne que exalta mi apetito,
con trastornarme solo.

La lepra

Todavía recuerdo mi clase de Retórica.
Ceremonia del Juicio Final. Un gran silencio
hasta que el Profesor irrumpía: "Sentaos".
"Os traigo carne fresca". Y vaciaba un paquete
de algo blando y viscoso
envuelto en diarios viejos como un pescado crudo,
sobre la mesa en que él oficiaba su misa.

"Capítulo Primero". "El estilo del hombre
corresponde a un defecto de su lengua". Y mostraba
una lengua comida por moscas de ataúd
para ilustrar su tesis con la luz del ejemplo.

"Mirad: la lengua inglesa no es la lengua española"
"Aquí tengo la lengua de Cervantes. Su forma
de espada no coincide
con el hueco del paladar". El Profesor hablaba
de **condiciones, rasgos, influencias,**
metáforas, estrofas. Y cada afirmación
era probada por la Crítica.

Ahora bien, los puntos de vista de la Crítica
-pobres cuencas vacías-
eran toda esa carne palpitante
saqueada a los distintos cementerios:
lenguas, dientes, narices, pulmones, vientres, manos
que un día fueron órganos de los grandes autores,
hoy tumores malignos servidos en bandejas
por profesores-asnos a discípulos-asnos
adentro de una sala-alcantarilla.

Donceles y doncellas extasiados
copiaban en "papeles" todas las proporciones
de una obra maestra: las leyes de la lírica.
la épica y dramática, causas y consecuencias,
la decadencia, el desarrollo
de las literaturas.

Ante tal entusiasmo,
el olor de los restos de los grandes autores
se mezclaba al olor de esos bellos difuntos
sentados en la silla de su propio excremento,
y una sola corriente de inmundicia era el aire,
mientras la admiración llegaba al desenfreno
cuando ese Profesor: "Si aprendéis -nos decía-
los requisitos de la creación,
seréis fieros rivales de Goethe, y superiores".

Y cerraba su clase.
Guardaba todos los despojos nauseabundos
en su paquete, y con la frente en alto,
coronado en laurel por su buen éxito
nos volvía la espalda como un Dios del Olimpo
que regresa a su concha.

Todavía recuerdo mi clase de Retórica
en que la vida y la belleza
eran un plato de carne podrida.

Yo tuve que cortarme la lengua en la raíz
para librarme de la lepra.

Fábula moderna

La Vaca Racional tiene los ojos de la envidia,
el cuerpo de una bella mujer, y por su baba
se expresa la miseria de los hombres.

Si, por fortuna, un día, nace el Árbol que viene al mundo libre,
distinto de los árboles que lloran su esclavitud en el paisaje,
y florece, y da fruto -natural testimonio de la naturaleza-,
la Vaca Racional palidece y murmura.

Y convoca a los puercos en su alcoba:
"Este Árbol no es un Árbol, les dice. No da flores ni frutos.
Este Árbol es un animal sanguinario
que no existe en el aire ni en la tierra.
Es un error visual, causado por el miedo de la noche.
No disfrutéis su sombra. No respiréis su oxígeno".

Pero el Árbol existe. Trabaja para todos. Los alimenta a todos.
Es capaz de morirse cada día por salvar a los otros de la muerte.
Por darle aire a los muertos, es capaz de vestirse de locura.

Lo que la Vaca Racional no podrá perdonarle
es el misterio que está inscrito en cada una de sus hojas,
donde pueden leer solamente los pájaros.

Ella vive esperando que un rayo parta el brillo de su copa,
pero el rayo es el alma de este cuerpo.
Vive afilando su hacha y la arroja de frente o de perfil
sobre la piel del Árbol. Pero el filo es un beso en su mejilla.

Entonces, se alza lívida de cólera. De cólera de histeria:
-"Este Árbol es un árbol,
es hijo de otros árboles, pero es un enemigo
de los árboles. Quiere encadenarlos al suplicio de la tierra.
Ya sabéis que he intentado arrancar sus raíces y volcarlo,
y convertirlo en barco, en casa o ataúd. ¿Por qué los otros árboles
son seres serviciales y prudentes, con que se labran sillas y ventanas
para mirar el mar, y cantan en silencio la humedad de su congoja?"

-"Vedlo ahí. Le hemos dado la lluvia y el verano suficientes
para su crecimiento, y se ha burlado de nosotros
usando sus pulmones para sembrar la alarma en los esclavos"

-"Vedlo ahí como un rey cuyo trono fuera el viento
haciendo oír su voz, llevando el remolino
al corazón de todos los que fueron un día mis lirios predilectos".

-"Vedlo ahí, vomitando su fuego por las hojas.
¿Qué hacer para evitar a nuestras hijas la posesión y el arrebató,
la tiranía de este cuerpo invulnerable
a la vida y la muerte?"

Ya presa de su celo y su locura, la Vaca Racional
congrega a sus amantes y vecinos, y decide la suerte

de ese Enemigo que prefiere la posesión de la tierra
a dormir en la alcoba de sus vicios manchada:

- "Bello es el Árbol. Nunca he visto tan singular belleza
en el corte del aire. Tan divina Apostura.
Sin embargo, sus hojas no son originales, pues ellas me recuerdan
la alta filosofía
de los árboles griegos y alemanes.
El porte de sus pétalos tiene el color de los arbustos de Oriente.
Veo que por su savia discurre la corriente de los árboles clásicos,
de los árboles del Renacimiento,
veo en su esencia el bosque caballeresco y mágico;
en su médula veo la luz desesperada de los suicidas lengua afuera,
en su corteza el adjetivo arrugado por el fuego.

Como veis, yo tenía mis razones:
este Árbol no es un árbol. Es una suma de influencias
de soles y de lunas, como un día cualquiera,
y por lo tanto su raíz es una amarra en el vacío".

- "Vamos a su montaña, y le diremos lo que pensamos de su orgullo".

La venganza en los labios
-la fruición de lo débiles-,
a la luz de la luna
toda una caravana subía por el monte.

Todos iban felices,
dispuestos a matar a Pedradas el Árbol.

Primero iban los sordos, después los ciegos y los mudos.
Después iban los frailes. Luego las poetisas, es decir, las ramerías.
La lista interminable de los hermafroditas de cine y de café.
Atrás iban las viejas que hacen versos, los periodistas amarillos.
Por último, los médicos, los profesores y abogados,
es decir, los comerciantes de este mundo y el otro.
Todos iban cojeando, y despedían una especie de baba por la cola.

Cuando llegaron a la cumbre,
donde el Árbol vivía y respiraba como siempre,
se quedaron inmóviles ante la dignidad de su hermosura.

- "Que hable la Vaca Racional, Nuestra Madre, clamaba el auditorio".
Sentáronse en las Piedras y aguardaron en vano el manantial de su
elocuencia.

Y murmuraban:

- "¿Es posible que Nuestra Madre nos haya abandonado?"
- ¿Tú la has visto a lo largo del cortejo?"

-¿Por qué calla?"
¿Habrá muerto de vejez, o de miedo?"
-"No. Parecía joven y fuerte, como el Árbol".

Entonces vino el Viento
y le dijo: "Volved
vuestros ojos adentro de vosotros.
Cese todo el escándalo. Mirad.
Ya duerme vuestra madre su muerte merecida.
Os la robé en mis alas, y la colgué de su maldita lengua
de Madrastra del Mundo".

De repente,
alguien vio que una sábana -mitad aparición y mitad túnica-
pendía de una rama bajo el viento.

Era el cuerpo, ahorcado por la lengua,
de una mujer hermosa.

Pronto la abrieron y la hallaron
tan horrible y monstruosa
que todos los presentes vomitaron hasta el último pelo de sus vísceras
pues lo que no era llaga
eran moscas pegadas a las llagas.
Escrito con su pus, se leía en su frente:
-"Arrojad mi cadáver a los perros del asco.
Yo fui la Perversión y la Mentira".

No hubo temblor. Ni se partía el cielo.
De pronto salió el sol por la copa del Árbol.
Pudo verse un instante que el Árbol era un hombre
y que la concurrencia sólo eran sus ideas,
porque no había nadie en la montaña
sino las últimas estrellas
y el aire era una inmensa pesadilla.

Drama pasional

Oh criminal, no mires las estrellas intactas del verano.
No me ocultes tu rostro con el velo del mármol transparente.
No me niegues que todo lo previste y planeaste como un cuadro difícil.
Yo sé que anoche tú disparaste dos tiros de revólver
contra tu prometida, y pusiste la boca del cañón en tu boca.

A un metro de tu amor, dormiste apenas un segundo en la calle.
Esas fueron tus bodas. Ese tu lecho, y ésa tu mortaja.
El pavimento fué la sola almohada

para tu sien maldita,
oh príncipe nostálgico, que buscabas tu reino en la pintura.
A un paso de tu amor, el vecindario se divertía a costa e tu muerte.

Ese cuadro de cuerpos destrozados fue tu obra maestra
por la composición y el colorido de las líneas profundas.
Yo no puedo mirarlo, pero lo llevo como una llaga en mis pupilas,
como una aparición de la nada concreta convertida en origen.
Tu vida fué este lienzo firmado con el nombre de tu sangre.

Así te oigo partir, y desprenderte de mi órbita terrestre,
con el procedimiento de un cuerpo equivocado que se lanza al vacío,
sobre el viento del éxtasis, con el cuerpo solar de su novia en los brazos,
fuera del movimiento y del encanto de las nubes ilusorias.
Me pongo en pie para decirte adiós tras las corrientes siderales.

Las mujeres vacías

Pasan el día pintando otro cuerpo
sobre su cuerpo, sudan
pintura con partículas de sangre
mezclada a su belleza.

Menos que meretrices, más que vacas,
merecen un establo
donde haya cien corridas de mujeres
en cuatro patas, con las ubres sueltas.

Estas fueron las bellas de otros días,
las que engañaron y mintieron
con sus hoyos tapados por la mugre
de la inocencia a precio de oro.

Abortaron en carne y en espíritu,
por la orina y el vómito,
por la boca, el ombligo, las orejas.
Se les salía todo, menos algo.

Menos ese vacío que era todo:
el ocio delicado,
la sonrisa mordida por el vicio,
el cráter del perfume de sus piernas.

De un millar de doncellas acostadas,
hay quinientas vacías
que viven el honor de las preñadas
por el hombre o el sol del sacrificio.

La mujer ha de estar llena de cosas
como la misma tierra,
por el trabajo o el amor, guardando
las pasiones del hombre.

Pero el mundo está lleno de mujeres vacías,
después y antes del parto,
y la muerte es también una mujer vacía.
Escupamos su rostro y su recuerdo.

Fundación de Valparaíso

I

Yo fundo esta ciudad a cuatrocientos años de haber sido pisada
su playa por el godo,
en el nombre del viento que sale de las rocas
a través de los poros de sus calles estrechas,
como de una mujer de natural sortija
emana el porvenir de sus entrañas
por la matriz de labios cerrados en su angustia.

En el nombre del viento inmarcesible
que toma consistencia en los abiertos párpados
de la marea numerosa,
yo fundo esta ciudad sobre la espuma
y la arena. En el nombre
del viento que me tapa la boca
con la mano visible de su ira
para que no destroce su inocencia al besarla;
yo fundo esta ciudad
en fundamento incommovible,
como el godo primero, de un soplo convertido
en aborigen de la noche.

Ciudad acorazada en roca viva.
Ruge la luz salada contra el cielo.
Donde todo es espada
en la atmósfera diurna.
Donde hay un cementerio que vuela por la noche
desde el candor de su colina,
y pasea su cola de fuego por la costa,
como una orquesta apenas perceptible
al poeta que vela su armadura.

II

Los hombres y las hembras resbalan en el fuego
de estas calles que caen al mar. Pierden sus ojos
en la contemplación del remolino aciago.
Porque la gravedad y el magnetismo,
lo óptico y lo acústico,
luchan a muerte en su aire de pólvora.
Y el mar, como un martillo,
clava su estilo en los hambrientos túneles
de ascensores que encarnan guillotinas;
jaulas que llevan su carga al infierno.

Las tablas y el cemento participan del mar
y laten en la noche como venas gastadas
por la presión del mundo
que fijó el horizonte
en sus pupilas.
Ojos que abren el saco
de cada tripulante,
y ven en el carbón de su conciencia
como un faro en la trémula neblina.

El mundo desembarca
en esta raya, día y noche. El puente
de las escalas cruje
bajo los pies del mundo
que entra y sale
por la matriz exacta del Pacífico,
en medio de un estruendo
irrespirable por el humo.

También las negras llamas
son parte de ese viento enajenado. El ronco
fuego muerde
la resina y el yodo
de los techos. La luna
sale a mirar a su rival quemada.
Todo es parte del viento, las bocinas
manchan de sangre el mar con sus agujas.

III

Todo es estrecho y hondo
en este suelo ingrátido. Las flores
crecen sobre cuchillos. Boca abajo en la arena
puede oírse un volcán. Cuando la lluvia
la moja, se despeja
la incógnita, aparece
una silla fantástica en el cielo,

y allí sentado el Dios de los relámpagos
como un monte de nieve envejecido.

Todo es estrecho y hondo. Las personas
no dejan huellas, porque el viento
las arroja a su norte y su vacío:
de manera,
que, de improviso,
yo salgo a mi balcón, y ya no veo a nadie.
No veo casas, ni mujeres rubias.
Han desaparecido los jardines.
Todo es arena invulnerable. Todo
era ilusión. No hubo
sobre esta orilla del planeta nadie
antes que el viento.

Entonces, corro hasta las olas. Me hundo
en su beso, los pájaros
hacen un sol encima de mi frente.
Entonces, tomo posesión del aire,
y de las rocas temporales,
en el nombre del viento que sale de las cosas
infladas por el viento.

IV

Oh ciudad:
yo te fundo
en el silencio de la noche marítima.
La noche matemática
que me dieron tus piedras,
esas mismas que una día caerán
a la noche encendida
debajo de la arena.

Te encontrarán debajo de la arena,
tan hermosa, y tan honda
en tu catástrofe, como una perla
engastada en la boca del abismo.

Caerás
Caerás desde tu roca
a tu arena primaria,
como una estrella más que vuelve al polvo.

Pero, para fundarte,
necesito tenerte.

Tu fundamento real es mi palabra.
Valle del paraíso.
Puerto que-te evaporas,
y te secas en trágicas espinas,
como las mujerzuelas
que sostienen tus pórticos roídos por el sol
a la caída de la tarde.

Cuánta piedra caída.
Cuánta perla sellada.

Oh bahía desnuda:
aguárdame
sedienta
para fundarte.

Ahora,
caeré sobre ti,
como un monstruo supremo más fuerte que el diluvio.

Te morderá mi boca
por los siglos terrestres.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.

© CEME web productions 2003 -2007